SOLOS EN ESTA TIERRA

(Representación en dos actos)

Esta función, que fue galardonada con el Premio «Lope de Vega», 1972, del Ayuntamiento de Madrid, se estrenó, en dicha capital, en el teatro del «Centro Cultural de la Villa», en la noche del 3 de octubre de 1978, con el siguiente reparto:

Miguel Palenzuela, Estanis González, José María Guillén, y la presentación en escena de Amparo Larrañaga.

Director: Esteban Polls.

El 14 de diciembre de 1980, se estrenó, en traducción al catalán llevada a cabo por Esteban Polls, director asimismo de esta versión, en el teatro «Orfeó Graçienc», de Barcelona, con el siguiente reparto:

Mireia Ros, Enric Pous, Ricard Regüant, Manuel Solás.

LOS PERSONAJES:

El Soldado.
El Cabo.
El Sargento.
Magda.

EL ESPACIO ESCENICO:

Paisaje de «tierra quemada».
El cielo de color de plomo.
Parece como si la vida se hubiese extinguido.

Nota.—*La versión que aquí se ofrece es la original del autor, si bien éste debe reconocer que algunas acotaciones las ha tomado del texto de trabajo utilizado por el traductor-director señor Polls para la puesta en escena de la pieza, aportación que enriquece indudablemente la obra al presentarse avalada, para alguna posible representación ulterior, por los conocimientos y veterania teatrales del señor Polls, a quien el autor agradece desde aquí el cariño y desvelos que dedicó en todo momento a esta «comedia trágica».*

ACTO PRIMERO

La escena, desierta. Un trueno lejano y pedregoso, como de una inacabada explosión en cadena, resuena todavía. Después, el silencio, aún más terrible.

Una especie de despojo humano, el SOLDADO, *se hace presente por algún lugar. De momento, parecería uno de esos estrafalarios y divertidos personajes de los dibujos animados a los que les ha explotado una bomba en la mano y que quedan chamuscados y con los cabellos rizados y en punta. Por los pingajos de ropa que aún lleva encima, podemos deducir que es un soldado, un soldado de algún ejército combatiente.*

Da unos pasos de un lado a otro, al principio deprisa y progresivamente más lentos, cada vez más desconcertado y triste. Por fin, se detiene. Del bolsillo superior de lo que fue una guerrera de uniforme, extrae algo así como una postal, grasienta y sucia. La limpia con la manga y la contempla larga y profundamente, sentado en cualquier parte.

En este momento, entra la muchacha, MAGDA; *va vestida a la moda de las «ingenuas» de todos los tiempos, aunque el jersey y los pantalones tejanos la sitúen en los nuestros. Simula llevar sobre el hombro una imaginaria sombrilla, con la que se protege de un no menos imaginario sol, y que contrasta, como es lógico, con los tejanos. Se diría que quiere representar a determinada persona, pero que tampoco hace de ello cuestión de vida o muerte. Conversará con el* SOLDADO *con toda naturalidad; él, en cambio, no apartará sus ojos de la fotografía hasta que se indique en el texto.*

MAGDA. *(Muy contenta).* Este es el sitio, ¿ves? Aquí está el árbol.

SOLDADO. *(A la fotografía).* ¿Qué árbol?

MAGDA. ¡Ese!

SOLDADO. *(Triste).* Ahí no hay ningún árbol.

MAGDA. ¿Ah, no? *(Vacilante).* De todos modos, es aquí. *(Más segura).* Sí, aquí mismo, estoy segura. *(Señalando a diversos puntos de la escena).* ¿No ves? El chiringuito..., el puesto de refrescos..., el merendero...

SOLDADO. *(Como antes).* ¡El merendero!

MAGDA. ¡Sí! *(Voluntariosa).* ¡Hijo, es que no te acuerdas de nada! *(Corre hacia el fondo y una vez allí, dirigiéndose precisamente al fondo, con los brazos abiertos, dice, poéticamente).* ...¡Y el mar!

SOLDADO. *(Con amargura).* ¿El mar? ¿Dónde?

MAGDA. *(Enfurruñada).* ¿Cómo, es que quieres reirte de mí? ¿Dónde va a estar el mar? Pues, donde ha estado siempre: allí.

SOLDADO. Allí no hay nada. Ruinas y nada más. *(Pausa breve).* Igual que en todas partes.

MAGDA. ¡Madre mía! Pero, ¿no ves la playa?

SOLDADO. No sueñes, Magda. ¡El mar! Era en Onslow donde lo había. Sí, antes de la guerra. Onslow, Carolina del Norte, ¿recuerdas?

(Lejos, se deja oir la voz de un vendedor de helados.)

VOZ. ¡Helados...! ¡Para todos los gustos...! ¡Heladooos...!

MAGDA. *(Por la voz).* ¿Y ahora, qué? ¿También estoy soñando? El vendedor de helados, ¿no oyes?

VOZ. ¡Heladooos...!

MAGDA. Anda, cómprame uno. *(Llamando hacia dentro).* ¡Eh, usted!

SOLDADO. Eso no son más que imaginaciones, Magda.

MAGDA. ¡Imaginaciones! *(Señalando hacia dentro).* ¿Y el niño del globo? ¿También me lo invento? *(El Soldado se encoge de hombros con tristeza).* Está visto que hoy quieres reirte a costa mía.

SOLDADO. *(Serio).* No.

MAGDA. *(Seria también).* Explícate, entonces. ¿Qué es lo que te pasa? Te encuentro muy raro. Antes no eras así.

SOLDADO. Antes no había estallado la guerra.

MAGDA. ¿Y qué tiene que ver la guerra con nosotros? ¿Qué nos importa a ti y a mí? *(Transición).* Aquí fue donde nos conocimos, ¿no? Pues, mira, te propongo un juego: repetir todo lo que hicimos aquella tarde. ¿Vale? Puede ser divertido, ¿no crees? ¿Qué dices?

SOLDADO. Que no. Que no es posible. *(Magda hace un gesto de rabia).* Pero, ¿es que no lo entiendes? Aquí no hay nada, no hay nadie, ¡sólo ruinas!

MAGDA. *(Enfadada).* ¡No me hagas reír! ¿Cómo hubiera reconocido el lugar, en ese caso? *(Mira enderredor. De súbito).* Ahora que caigo, ahí había una fuentecita. *(Desconcertada).* No entiendo. ¿Qué habrán hecho con ella? *(Tras un momento de vacilación).* ¡No importa! *(Toma la imaginaria sombrilla y simula clavarla en el suelo por la contera, «abierta» como está).* ¿Ves? ¡Ya está! ¡Ya tenemos fuente otra vez! ¡Ahora sólo falta poner ahí las ranas. *(Insistiendo).* ¡Sí, sí, en el estanque! Las ranas y los peces de colores. *(Calla. Tras un esfuerzo de imaginación).* ¡Ya lo tengo, ya sé lo que tú echas en falta: la parejita! *(Gesto impreciso del Soldado).* Sí, hombre, los enamorados que se sentaban *(Señalando un lugar cualquiera)* en aquel banco y se pasaban la tarde besándose... *(Ríe).* Todavía recuerdo que una vez les pedimos el periódico que ponían en el asiento para no mancharse... ¿No te acuerdas? Aquel día que nos dio por hacer barcos de papel y echarlos al agua.

SOLDADO. *(Triste).* ¡Hace tanto tiempo de eso!

MAGDA. *(Enmurriada).* ¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Y también que era en Onslow, ¿no?! ¡Carolina del Norte! *(Enfadada).* ¡Huy! ¡Si al menos estuviesen ellos aquí, con su periódico, para hacer barquitos de papel como entonces! ¡Qué rabia!

SOLDADO. *(Triste).* No te enfades, Magda... Es que... no sé..., me gustaría que lo comprendieses... Pierdes el tiempo queriendo convencerte a ti misma de que todo continúa igual que siempre... El chiringuito, el hombre de los helados, la pareja del banco, todo lo que había allí aquella tarde, está muerto, ¿te enteras? ¡Y enterrado! *(Poco a poco).* Sí, en Onslow. *(Pausa corta).* ¡Y nosotros no podemos resucitarlo!

MAGDA. *(Tras un largo silencio, con agonía).* ¿Entonces... yo... también? *(El Soldado asiente con un gesto).* ¡No! *(El Soldado insiste en asentir. Magda muy triste).* ¿Qué pinto yo aquí, entonces?

SOLDADO. *(Dulce).* Me acompañas.

MAGDA. *(Sonríe).* Si es así...

SOLDADO. Pero de mentirijillas.

MAGDA. *(Otra vez triste).* ¿De menti...? ¿Quieres decir que todo lo que está sucediendo...?

SOLDADO. No sucede. *(Señalándose la cabeza).* Es aquí, ¿entiendes?, aquí dentro donde pasa. En mi cabeza, en mis pensamientos. Son..., no sé cómo lo explicaría yo..., recuerdos. Eso, simples recuerdos que me saco de la mollera para no morirme de murria.

MAGDA. *(Desinflada).* Ya. *(Se arrodilla junto al imaginario estanque. Tras un silencio).* Qué, ¿seguimos?

SOLDADO. *(Dulce).* Si te empeñas...

MAGDA. *(Decidida).* ¡Me empeño! *(Vuelve la alegría. Mirando al supuesto estanque y aplaudiendo).* ¡Mira! ¡El barco de papel! *(Soplando el imaginario barco).* ¡Adiós! ¡Buen viaje! *(Ríe, feliz, durante un momento. De pronto, arranca la «sombrilla», la coloca en el hombro y pasea de un lado a otro de la escena).* ¡Hace un día precioso! ¿No crees que hace un día precioso? *(Breve pausa. Transición).* Oye, ¿por qué no bailamos un rato? Es lo que hicimos.

SOLDADO. Pero entonces había música.

MAGDA. *(Muy animada).* ¡Y ahora también la habrá! *(Empieza a tararear un baile de moda, coge al Soldado y le obliga a bailar con ella).* ¿Qué te parece, eh? Anda, ¿por qué no me dices todo lo que me dijiste aquel día?

SOLDADO. *(Poco a poco ha ido entrando en el juego y ahora baila como un desesperado. Primero un baile moderno, suelto; a continuación, sobre el tarareo de Magda, que ha cambiado de música, otro agarrado. Sus recuerdos se vuelven tan vivos que las palabras le brotan sinceras).* Tenías los ojos tan brillantes, los labios tan húmedos y, sobre todo, estabas tan buena, que... *(Bailan con entusiasmo, muy apretados, una suave tonada. Transición, rompe a reir suavemente).*

MAGDA. *(Cariñosa).* ¿De qué te ríes?

SOLDADO. *(Lo mismo).* De nada. Me ha venido a la memoria la horterada que te solté.

MAGDA. ¿Cuál?

SOLDADO. *(Riendo).* «Nena, mueves los huesos como un ángel»... *(Rompe en una carcajada. Ella también).*

MAGDA. *(Hablando entre risas).* ¡Sí, sí! *(Ríen ambos hasta no poder más).* ¿Y después?

SOLDADO. *(Las risas se van calmando. Una corta pausa y cambio de tono).* Bueno, eso ya fue distinto. *(Se han quedado quietos uno frente al otro. Ahora la realidad que les rodea ha desaparecido. Reviven materialmente aquel momento).* «Me llamo Patt. ¿Y tú?».

MAGDA. «Yo, Magda».

SOLDADO «¡Magda!» *(Cambio de tono).* «Está esto un poco aburrido, ¿no te parece? Si quieres, podemos ir a dar una vuelta. Tengo ahí cerca la moto».

MAGDA. *(Saliendo del encanto).* ¡No, primero me invitaste a beber! *(Volviendo a la magia).* «¡Tengo una sed!»

SOLDADO. «¿Qué quieres tomar?»

MAGDA. «No sé... ¿Una naranjada?»

SOLDADO. «¡Venga ya! Hay que embalarse, nena. ¿Hace un cubata?»

MAGDA. «Pues, no. No hace».

(La realidad vuelve tras un enamorado silencio. Ahora recuerdan con melancolía, lo que saben que no pueden ya revivir.)

¡Menudo pajarraco estabas hecho! Lo que querías era ponerme en órbita, ¿eh? Primero un cubata, luego otro... Después la moto..., la caída sobre la hierba en una curva suave..., y lo demás. Pues conmigo te equivocabas, tío; yo no soy de esa clase de chicas.

SOLDADO. ¿Y quién ha dicho lo contrario? Me gustabas y quería decírtelo a solas, eso era todo. Aunque hubiera preferido lo otro. Al fin y al cabo, hubiera sido un anticipo de la noche de bodas... *(Triste).* ¡Una noche de bodas que no podrá celebrarse nunca! *(Se separa de ella y contempla melancólicamente la foto).*

Ahora ya no eres más que una... ¿cómo se dice? ¡Ya: una evocación!

MAGDA. *(Rabiosa).* ¡Lo sé, lo sé, no insistas!

SOLDADO. *(Con la fotografía entre los dedos).* Y también una fotografía muy sobada. *(Mostrándosela).* La he llevado conmigo desde que comenzó la guerra. *(Pausa. Suspira).* A veces me parece que debe hacer un siglo de todo eso. ¿Siglo? ¡Qué sé yo! Es posible que ni siquiera el tiempo exista ya.

MAGDA. *(Con un hilo de voz).* ¿Qué es lo que existe, entonces?

SOLDADO. *(Brusco).* ¡Ya te lo he dicho: nada!

MAGDA. *(En una última resistencia).* ¡Pero estábamos en primavera! Eso lo recuerdo perfectamente. Y hasta que me dijiste algo así como que para el otoño, cuando acabases de pagar el taller.

SOLDADO. Claro, porque era cuando nos casaríamos.

MAGDA. *(Con miedo).* ¿Y ya no podrá... ser? *(El Soldado niega con la cabeza).* ¡Qué pena! Pero, en ese caso, no debiste proponerme el matrimonio.

SOLDADO. *(Desde el fondo del corazón).* ¡¿Y cómo podía yo saber que iba a estallar la guerra?!

(Lejos, muy lejos, la voz del vendedor de helados y el niño que se supone le sigue, deshacen en sentido contrario su pasada.)

VOZ. *(Mecánica, irreal y ausente, en contraste con su vivacidad anterior).* ¡Helados! ¡Almendra, vainilla, chocolateee! ¡Heladoooos!

MAGDA. *(Aferrándose a ese asidero último).* ¡El hombre de los helados! ¿No lo oyes? ¡Míralo! ¡Allí! ¡Y el niño del globo! ¡Y los enamorados! *(Pausa larga. Transición).* ¿O sea, que estás completamente solo? *(El Soldado asiente con la cabeza).* ¿Ya no volveremos a tomar naranjada? *(El Soldado niega con un gesto).* ¿Ni a bailar? *(El mismo juego).* ¿Nunca más?

SOLDADO. *(Tras un silencio).* Nunca.

(Nuevo silencio. El Soldado se sienta en el suelo. Vuelve a contemplar largamente la fotografía. Magda, aho-

ra tras él, le contempla angustiada. De pronto, procedente de la izquierda, se deja oir un rumor como de pasos. El Soldado aparta sus ojos de la fotografía, mientras Magda empieza a retroceder, alejándose de él.)

SOLDADO. *(Súbitamente expectante).* ¿Eh? ¿No has oído? ¡Pisadas! ¡Yo diría que son pisadas! *(Se incorpora, excitadísimo y alerta, al propio tiempo que Magda ha ido retrocediendo, a punto ya de salir de escena).* ¡Qué bobería! ¿Quién iba a andar por esta porquería de Tierra? *(Se interrumpe. Escucha. Guarda en el bolso la fotografía de Magda, en cuyo momento ésta hace mutis).* Sin embargo, parecen pasos... Sí, sí, lo mismo que si..., lo mismo que si... *(Transición).* ¡Bah, como si pudiera haber quedado alguien vivo, después de aquéllo!

VOZ DE MAGDA. *(Dentro).* ¡Tú también lo estás!

(Realmente, el ruido de pisadas se acerca. Parece como si éstas vinieran de muy lejos, o sea, de un lugar impreciso. El Soldado, a la escucha y más nervioso cada vez, intenta adivinar de dónde proceden. Por fin, se dirige hacia el lado derecho de la escena, al tiempo que, por el lado opuesto, hace su aparición el Cabo, andando de espaldas. El Cabo, en su aspecto, es una repetición del Soldado. La única diferencia entre ambos consiste en que, en lo que le resta del uniforme, que son unos maltratados andrajos, muestra un diferente color, entrevisto apenas en medio de su chamuscado, casi total. Ahora, el Soldado se detiene un punto en la embocadura de la derecha y comienza a retroceder de espaldas, al mismo tiempo que el Cabo lo hace también hacia el centro del escenario. De súbito, giran ambos y se encuentran cara a cara. El azoramiento que el mutuo encuentro les produce, deja a los dos inmóviles. Como si uno y otro se encontrasen ante un espejo, intentan y repiten los mismos gestos, hasta que, al comprobar el Soldado que el Cabo lleva casco de guerra en la cabeza, y él no, dan un grito y corren a esconderse, cada uno tras una piedra, a derecha e izquierda de la escena.)

SOLDADO Y CABO. *(Al unísono).* ¡Hay otra persona! ¡Parece imposible, pero la hay! ¡Un soldado enemigo!

(A continuación, ambos personajes juegan una pantomima compuesta por todos los tópicos de las películas bélicas: intentos de disparar una ametralladora contra el enemigo, sin arma; deslizamiento por tierra para encontrar un mejor refugio, etc. Al fin, cansados, se sientan cada uno en la piedra que les ha servido de parapeto y que, como se ha indicado anteriormente, se hallan situadas una a cada lado del escenario, y el diálogo comienza.)

CABO. *(Gritando).* ¿Qué pasa?

SOLDADO. Eso digo yo, ¡¿qué pasa?!

CABO. Si yo tuviese una ametralladora...

SOLDADO. ¡Pues, anda, que si tuviera yo un fusil!

CABO. O aunque no fuera más que un sable...

SOLDADO. O aunque sólo fuera una bayoneta...

CABO. Pero, oiga, ¿qué se ha creído usted?, que iba a poder conmigo tan fácilmente?

SOLDADO. ¡Clarito! ¿O acaso se figura que iba a liquidarme usted a mí?

CABO. ¡Naturalmente!

SOLDADO. *(Sarcástico).* ¡Ja! ¡Ja!

CABO. ¡Pero, hombre! Usted nunca llegaría a matarme porque ya estaría usted muerto.

SOLDADO. ¡Qué miedo! ¿Y eso a cuento de qué?

CABO. A cuento de que yo habría disparado o pinchado primero. *(Irguiéndose, fanfarrón).* ¡Soy Cabo del ejército que gana todas las batallas!

SOLDADO. ¡Mentira! ¡El que las gana todas, es el mío!

CABO. Perdón, perdón: ¡el mío!

SOLDADO. Dispense usted: ¡el mío!

LOS DOS. ¡El mío!

(Un silencio, mientras se refugian de nuevo en su respectiva piedra, a rumiar la pugna dialéctica anterior. Por fin.)

CABO. La verdad es que ya no queda nadie más que yo de mi ejército...

SOLDADO. *(Sincero).* Igual me pasa a mí. Soy el único que queda del mío...

CABO. ¡Oh, y todavía no sé cómo me he librado!

SOLDADO. ¡Ni yo!

CABO. Porque la cosa ha tenido pelotas, ¿eh?

SOLDADO. Cuadradas, cuadradas las ha tenido.

CABO. Primero los tiros, luego las cañonadas, después las bazucadas...

SOLDADO. ...después las tancadas, las napalmadas. *(Acción de una pasada de avión),* las pasadas...

CABO. ...y, por último, como traca final, las cabronadas: bomba A..., bomba H...

SOLDADO. Sí, H de hijos de puta, como ustedes; bomba N, de nietos de puta, como ustedes...

CABO. ¡En todo caso, ustedes!

SOLDADO. Sí, ¿eh? ¿Quién dejó caer la primera? ¡Pues ustedes!

CABO. ¡No, señor: ustedes!

SOLDADO. ¡Ustedes!

CABO. ¡¡Ustedes!!

(Un silencio. Transición.)

SOLDADO. Bueno, la cuestión es que aquí estamos.

CABO. Sí. *(Reaccionando).* ¡Pero, ojo, uno de cada lado!

SOLDADO. ¡Eso es: frente a frente!

CABO. Yo... y usted.

SOLDADO. Ni hablar. *(Recalcando el pronombre).* Yo... y usted.

SOLDADO. ¿Qué?

CABO. ¡Puñeta, que habría obtenido la victoria!

SOLDADO. Es verdad, no había caído. ¡Con lo fácil que resulta resolver una guerra y la de gente que ha tenido que cascar para nada.

CABO. ¡Figúrese! *(Transición).* Bien, vamos al asunto.

SOLDADO. Venga, ¡vamos!

(Ninguno de los dos se mueve.)

CABO. Nuestra obligación es terminar lo que hemos empezado.

SOLDADO. *(Con convicción).* ¡Exacto! *(Transición).* Pero, diga, ¿qué es lo que hemos empezado nosotros?

CABO. Pues, ¿qué va a ser? La guerra, el conflicto armado, la hecatombe, ¡la apocalipsis...!

SOLDADO. *(Indignado).* Ah, ¡¿entonces fue usted quien la empezó?!

CABO. ¿Quién, yo? Usted está pirado, compadre. Yo no comencé nada. A lo mejor fue usted el que lo hizo.

SOLDADO. ¡Alto, alto, no me líe! Si usted no, yo tampoco.

CABO. *(Con retintín).* Sí, sí...

SOLDADO. Palabra. En aquel momento, yo estaba en el garaje, desmontando un neumático. Lo recuerdo como si fuese ahora.

CABO. Pues, si lo pone así, yo me encontraba en la isba, para que lo sepa. Sí, dando de pastar a las vacas.

SOLDADO. ¿Isba? ¿Y qué es una isba?

CABO. Una casa de madera, en el campo.

SOLDADO. Ya. De modo que uno en la isba y otro en el garaje... *(Conciliador).* En ese caso...

CABO. *(Lo mismo).* Eso digo yo... *(Transición).* ¡No! ¡No! ¡No! ¡Nada de componendas con el enemigo, nada de pasteleos! Porque, amigo, no sé si se da cuenta de que somos enemigos.

SOLDADO. ¡Y tanto! ¡Completamente enemigos!

CABO. Lo cual, hablando en plata, quiere decir que hemos de matarnos.

SOLDADO. ¡Precisamente! ¡No hay otro remedio!

CABO. *(Con decisión, aunque sin moverse del sitio).* Entonces, ¡venga, no crea que me asusta!

SOLDADO. ¡Ni usted a mí!

CABO. ¿A qué esperamos, pues?

SOLDADO. A qué esperamos..., a qué esperamos... ¿No ve que estamos desarmados?

CABO. *(Lanzado).* ¡Da igual! ¡Podemos liarnos a ostias!

SOLDADO. Así no vale. Nos haríamos daño y no terminaríamos nunca.

CABO. Es cierto. *(Pausa larga. Ninguno de los dos sabe qué hacer. Inseguros).* Bueno, ¿qué hacemos?

SOLDADO. *(Dubitativo).* ¿Qué le parece si rumiamos un rato el problema?

CABO. *(Después de pensarlo un instante).* Muy bien.

(Cada uno se dirige a un extremo de la escena. El Soldado se sienta en el suelo y el Cabo en una piedra, adoptando la postura de «El Pensador», de Rodin.)

SOLDADO. *(Incorporándose).* ¿Y si la emprendiéramos a pedradas?

CABO. ¿Pedradas? ¡Pero si no han quedado ni piedras chicas!

SOLDADO. *(Triste).* Tiene razón. *(Silencio).* En ese caso...

CABO. Nada. *(Tras un silencio. Idea súbita).* ¡Sí, sí, eso mismo! Verá, yo tengo un cortaplumas... *(Busca en lo que le queda de los bolsillos y extrae una pequeñísima navajita, que muestra a su antagonista).* ¡Mire!

SOLDADO. *(Desde el otro extremo de la escena).* ¿A ver? *(El Cabo la muestra más ostensiblemente).* No la veo. *(El Cabo la señala con el índice de la otra mano).* ¿Eso? Bah, es muy pequeña.

CABO. *(Justificándose).* Bueno, era la de afilar el lápiz de escribir a casa.

SOLDADO. *(Interesado).* Ah, ¿con que tenía usted una casa?

CABO. Coño, ya se lo he dicho a usted: la isba.

SOLDADO. Claro, claro... Y sus vacas.

CABO. *(Satisfecho y añorante).* Y mis gallinas..., y mis cerdos... ¿Y usted?

SOLDADO. Coño, el garaje, ya se lo he dicho.

CABO. ¡Es verdad, el garaje! *(Silencio, mientras ambos rumian sus respectivos recuerdos).* Ya tiene que ser bonito, ya, meterse debajo de un coche a apretar tuercas...

SOLDADO. Ptsé, qué quiere que le diga. Más bonito será ordeñar una vaca.

CABO. No crea, se le llenan a uno las manos de verrugas.

SOLDADO. Si es por eso, también con los coches se le ensucia a uno la cara.

CABO. De todos modos, yo hubiera preferido un garaje. ¡Toda la vida he soñado con llegar a tener un automóvil!

SOLDADO. ¡Lo que son las cosas! A Magda y a mí, en cambio, nos hubiera gustado comprar una granja. Sí, para sentarme en una mecedora a leer el periódico y fumar una pipa. Como en las películas, ¿sabe? ¡Y oliendo todo el día a ganado!

CABO. *(Evocador).* Y a manzana..., y a heno..., y a boñiga...

SOLDADO. Por curiosidad: ¿se sentaba usted en el porche, al atardecer, a fumar?

CABO. Es que, en realidad, en la isba no teníamos porche... Pero, no crea, había un granero; y uno podía subir allí todas las veces que quisiera a tumbarse sobre la paja y contemplar... las vigas. *(Se tumba en el suelo, con las manos bajo la nuca, soñador).* Los gorriones hacían el nido en el tejado.

SOLDADO. *(Ilusionado).* ¿Y piaban?

CABO. *(Satisfecho).* ¡Piaban!

SOLDADO. Ya ve. En el taller, por el contrario, no había más que grasa, piezas de recambio y llaves inglesas. Lo que yo digo: es más limpia una granja.

CABO. *(Se ha detenido a pensarlo).* Vistas así las cosas... Tiene gracia, no había reparado en ese aspecto de la cuestión hasta ahora. *(Tras una pausa, súbitamente).* Y bien, ¿nos matamos o no?

SOLDADO. *(Sin entusiasmo).* Como usted quiera. *(Señalando el cortaplumas).* ¿Tiene que ser con la navajita?

CABO. Si se le ocurre a usted otro medio... *(El Soldado niega).* Entonces...

SOLDADO. ¡Venga! Cuando antes acabemos...

CABO. *(Sorprendido, al ver que el otro se abre la «guerrera» poniendo al descubierto el pecho, no sin apartar trabajosamente los andrajos, para que la prenda no se desmorone del todo).* Pero, ¿qué hace?

SOLDADO. Ya lo ve, darle facilidades. Con toda esta ropa no me mataría usted bien...

CABO. *(Indignado).* Pero, ¿qué se figura usted, que iba yo a atacarle así, sin más ni más?

SOLDADO. Hombre, ¡como usted tiene un arma y yo ninguna...!

CABO. ¡Qué importa! ¡En mi ejército no se acostumbra a abusar de la inferioridad del enemigo!

SOLDADO. Con que no, ¿eh? ¿Y cómo explica, entonces, todo lo que decían de ustedes en la prensa, los carteles, los discursos, la radio e incluso la televisión?

CABO. ¿Qué prensa? ¿Qué televisión? ¿Qué carteles?

SOLDADO. ¡Anda, el otro! ¡Los nuestros!

CABO. ¡Pura propaganda de guerra! Diga, ¿no se le ha ocurrido por casualidad escuchar alguna vez nuestras radios o echar unas ojeadas a nuestros periódicos? *(Ante el gesto de interrogación del Soldado).* Para conocer la verdad.

SOLDADO. No, no se me ha ocurrido.

CABO. ¿De modo que usted no ha oído nunca hablar del heroísmo de nuestras tropas?

SOLDADO. *(Con una carcajada).* ¿Del heroísmo? *(Indignado).* ¡De las burradas que hacían ustedes por donde pasaban!

CABO. ¡Oiga, cuidado con lo que se dice!

SOLDADO. ...sadismos, crueldades, violaciones y cosas así.

CABO. Eso, ¡ustedes!

SOLDADO. Perdone, pero creo recordar que las llamaban «las repugnantes hienas sanguinarias».

CABO. *(Asombrado).* ¿Hienas?

SOLDADO. ¡Sanguinarias!

CABO. *(Más asombrado y dolido).* ¡No es posible!

SOLDADO. En todos los diarios. ¡Y con letras *así* de grandes!

CABO. *(Reaccionando).* Con que sí, ¿eh? ¡Pues entérese de la clase de hiena que tiene usted delante! El cortaplumas lo usaremos por turno. Echamos a suertes, a ver a quién toca pinchar primero, y nos vamos cambiando la navaja de mano a mano, hasta que palme uno de los dos. ¿Qué, hay pelotas o no?

SOLDADO. *(Haciéndose el superior).* Ptsé.

CABO. ¿Ptsé? ¡Vamos al asunto!

SOLDADO. ¡Vamos!

(Se acercan uno a otro y juegan a pares o nones, muy juntos, casi tocándose nariz con nariz.)

CABO. ¿Pares o nones?

SOLDADO. ¡Pares!

CABO. ¡Nones!

(Sacan los dedos a un tiempo. Los cuentan.)

SOLDADO. *(Triunfante).* ¡Son pares! ¡Mala suerte!

CABO. *(Con cierta ironía).* ¿De veras? *(Le da la navaja).* Tenga.

SOLDADO. *(La coge, aunque, cuando la tiene ya en la mano, no sabe qué hacer con ella).* ¡Hombre, es que, así, en frío...!

CABO. *(Sarcástico).* ¿Y esa es la porquería de soldados que tienen ustedes en sus filas?

SOLDADO. *(Ofendido).* ¡Sin ofender!

CABO. ¡Venga, tío, venga! *(Ante la indecisión del otro).* ¡Menuda diferencia! ¡En mi ejército ya le habríamos fusilado por gallina!

SOLDADO. ¡No me busque las cosquillas, ¿eh?!

CABO. *(Se mueve de un lado para otro imitando a las gallinas).* ¡Cuá! ¡Cuá! ¡Cuá! ¡Cuá!

(El soldado decididamente toma impulso y clava la navaja en el pecho del Cabo, quien, con un grito de dolor, cae a sus pies, se estremece y, por último, queda inmóvil. El Soldado, con la navaja en la mano, lo contempla con horror y arrepentimiento; parece como si estuviese a punto de romper a llorar. De súbito el Cabo se incorpora, y del modo más natural del mundo, dice.)

Y bien, ¿qué pasa ahora?

SOLDADO. No, nada, que se ha doblado la hoja.

CABO. ¡Vaya, hombre, también es mala pata!

SOLDADO. No fue culpa mía, lo siento.

CABO. ¿Sentirlo? ¿Por qué va a sentirlo?

SOLDADO. *(Sincero).* Porque ya no va usted a poder sacar punta a su lapicero de escribir a casa.

CABO. ¡Usted métase en sus asuntos! *(Transición. En voz baja. Confidencial).* En realidad, ya no tengo lapicero. *(Bajando aún más la voz).* Ni casa.

SOLDADO. *(Muy bajo).* Ni yo.

CABO. ¿No? *(Negación del Soldado).* ¿Y el garaje?

SOLDADO. ¡Planchado! ¡Triturado! ¡Pulverizado! ¡Machacado!

CABO. ¿Una bomba?

SOLDADO. ¿Una? ¡Lo menos mil!

CABO. ¿De las buenas, de las corrientes?

SOLDADO. Y de las malas, de las atómicas. ¡De todas clases!

CABO. *(Tras una larga pausa. Amistoso).* Por lo que veo, estamos empatados.

SOLDADO. Sí: a cero.

CABO. Así que, en este momento, lo único que le queda a usted...

SOLDADO. Pues lo mismo que a usted: la guerra.

CABO. *(Triste).* Y cuando uno de los dos se haya cargado al otro, ¡ni siquiera eso! *(Pausa).* ¿Qué hará el que sobreviva?

SOLDADO. ¿Y qué quiere usted que haga? Lo natural. Morirse de pena.

CABO. ¿Cómo? ¿De pena..., después de haber alcanzado la victoria?

SOLDADO. Bueno, también se podría morir de miedo.

CABO. ¿Miedo? Usted, quizá, pero, por lo que a mí respecta...

SOLDADO. ¿Cómo? ¿Es que no le asusta quedarse solo, absolutamente solo, en el mundo? ¿No le aterroriza?

CABO. ¿A mí, un cabo de mi ejército? ¿Se ha vuelto loco, o qué? ¿Sabe cómo castigamos nosotros a los cobardes? ¡Con el fusilamiento!

SOLDADO. ¡Qué casualidad, lo mismo que nosotros! *(Pausa).* Pensándolo bien, vive uno de milagro. *(Continuando).* Ahora que, sobre eso del fusilamiento..., vamos, digo yo..., hay un inconveniente de base. Si sólo quedaba yo..., es un decir..., ¿quién iba a ajusticiarme?

CABO. *(Desconcertado).* ¡Y yo qué sé; supongo que estará previsto! En cambio, a mí, sólo me preocupa una cosa. *(De un salto sube a un pequeño montículo y alza el brazo con una imaginaria bandera).* ¡Izar la bandera!..., si salgo vivo, claro.

SOLDADO. Ya. *(Pausa).* ¿Y eso de la bandera, para qué?

CABO. *(Heroico).* ¡Para dejar constancia de que, al fin, el enemigo ha sido definitivamente derrotado! *(Transición).* Claro que, en realidad, ¿de dónde coño saco yo una bandera?

SOLDADO. *(Natural).* Para esos casos basta una camisa.

CABO. *(Nervioso).* Ya, ya me lo imagino. Lo que sucede es que... *(Avergonzado)* yo no llevo camisa. *(Justificándose).* Pero la tenía, ¿eh? *(Con un hilo de voz).* Sólo que se me desintegró con el uso.

SOLDADO. No se preocupe. Si llega la ocasión, puede quedarse con la mía.

CABO. Oh, depende del color que sea.

SOLDADO. Corriente, blanca.

CABO. No me sirve. Mi bandera es de color rojo.

SOLDADO. Bueno, pues la pinta usted con pintura.

CABO. *(Más avergonzado).* Es que..., verá usted..., tampoco tengo pintura.

SOLDADO. *(Con marcada ironía).* ¡Vaya, vaya! Por lo visto, parece que la guerra no les ha probado demasiado bien.

CABO. *(Picado).* ¡Mejor que a ustedes!

SOLDADO. Pero, ¿qué dice, hombre? ¿No acaba de reconocer usted mismo que ni siquiera lleva ya camisa?

CABO. Si se pone usted así, usted tampoco casco.

SOLDADO. ¡Ni usted pintura!

CABO. ¡Ni usted garaje!

SOLDADO. ¡Ni usted isba!

CABO. ¡Ni usted...!

SOLDADO. ¡Ni usted...!

CABO. *(Estallando).* ¡Me niego rotundamente a seguir dialogando con el enemigo!

SOLDADO. ¡Quién se niega soy yo!

CABO. *(Muy insultante).* ...Mmmm, ¡enemigo!

SOLDADO. ¡Cabrón!

CABO. ... Mmmmm..., ¡mariquita!

SOLDADO. ... Mmmmm..., ¡maricón!

LOS DOS. ¡A la mierda!

(Silencio, durante el cual cada uno regresa al extremo del escenario que ocuparon al comienzo de la escena. De golpe, ambos comienzan a murmurar en voz baja.)

SOLDADO. El caso es...

CABO. Eso, eso es lo que yo digo.

SOLDADO. ¿Qué?

CABO. No, nada, nada.

(Pausa y silencio. Luego, el mismo juego.)

SOLDADO. Es que, cuando uno pierde los estribos...

CABO. Ahí, ahí le duele.

SOLDADO. ¿Dónde?

CABO. *(Señalando un lugar en el suelo).* Ahí.

SOLDADO. Claro, claro...

(Otro silencio, que rompe el Cabo, como excusándose.)

CABO. ¿Sabe lo que pasa? Que yo me desboco en seguida.

SOLDADO. No se apure, eso le sucede a cualquiera.

(Insensiblemente, ambos dejan sus respectivos lugares y se emparejan, poniéndose a pasear, de fondo a proscenio, y viceversa, por el escenario. Tono amistoso y confidencial.)

CABO. *(Con curiosidad).* Ah, ¿usted también se...?

SOLDADO. *(Ponderativo).* ¡Uf! Me acuerdo que, una vez, hasta le di una bofetada a un mecánico.

CABO. ¡No me diga!

SOLDADO. Le digo.

CABO. ¿Una bofetada?

SOLDADO. Con esta mano.

CABO. Pero, ¿por qué?

SOLDADO. Por nada, ahí está la cosa. Andábamos liados con una biela, ocho horas con la cabeza debajo del capot, y de pronto, ¡zas!, la aticé.

CABO. ¡Hay que ver! Claro que, en una ocasión, yo también le metí una patada a una vaca.

SOLDADO. Eso no es malo.

CABO. Lo es, lo es, se llamaba Potiuska.

SOLDADO. Entonces, sí: lo mismo que pegarle a una mujer.

CABO. *(Triste).* Lo mismo.

SOLDADO. *(Filosófico).* ¡Es que pasan unas cosas...!

(Durante el diálogo anterior, han ido tomando un

acento de intimidad, sin dejar de pasear de fondo a proscenio y viceversa. Pausa. Transición.)

CABO. *(Sin demasiada convicción).* Pero, que conste: esto no cambia para nada la situación. ¡Porque lo primero, es lo primero!

SOLDADO. ¡Y tanto! *(Pausa).* Diga, ¿y qué es lo primero?

CABO. Pues, la cuenta esa que tenemos pendiente usted y yo. El último encuentro; la batalla final entre los dos ejércitos; ¡el choque decisivo...!

SOLDADO. *(Nada entusiasmado).* Ya.

CABO. *(Como tentándole).* Porque..., supongo que no se le habrá pasado por la cabeza la idea de un posible acuerdo...

SOLDADO. ¡Estaría bueno! ¡Ni hablar!

CABO. *(Como antes)* Lo más, lo más a que podríamos llegar, sería a una pequeña tregua bélica. Pero ni soñar en pasar de ahí. ¿Conformes?

SOLDADO. ¡Por completo!

CABO. Una tregua transitoria, para establecer las condiciones, ¿comprende? No conozco ningún artículo de la Ordenanza que impida discutir con el enemigo la manera de matarse con él. *(Confianzudo).* Bueno, ni tampoco que, durante las negociaciones, está prohibido fumar. ¿Alguna objeción que oponer?

SOLDADO. Ninguna.

CABO. En ese caso, ¿puede darme un cigarro?

SOLDADO. No tengo.

CABO. ¡Mala suerte!

(El Cabo pasea desesperado por la escena. De improviso, se detiene frente al Soldado, al advertir que éste contempla, con la mirada fija, su casco. Se desconcierta.)

¿Qué mira usted, qué pasa?

SOLDADO. *(Nervioso).* Calle, calle, que me parece que...

CABO. *(Desconfiado).* ¿Qué le parece?

SOLDADO. Que ahí, en el casco, hay...

CABO. *(Retrocediendo).* ¡Deje en paz a mi casco!

SOLDADO. *(Siguiéndole).* ...hay algo que puede servir. *(De pronto, arranca del casco del Cabo, una ramita carbonizada del camuflaje.)*

CABO. *(Con terror, al sentir que le tocan el casco, lo único que le queda en el mundo).* ¡Ay!

SOLDADO. *(Parte la ramita en dos y mima la acción de fumar).* ¿Eh? ¿Eh?

CABO. *(Desconcertado).* ¿Eh..., qué? *(Ahora lo entiende).* ¡Aaaaah! *(Admirado, transición).* ¡Vaya cerebro, tío! *(Coge una de las ramas que le da el Soldado, se la pone en la boca y busca por los bolsillos infructuosamente).* ¿Me da lumbre?

SOLDADO. *(Rebusca también por sus bolsillos y extrae un solitario mixto).* ¡Aquí hay una cerilla, mire! *(Se la entrega al Cabo).*

CABO. *(Casi religioso).* ¡San Pablo bendito, San Pedro y San Estanislao! *(La enciende en la suela del zapato).*

SOLDADO. ¡Cuidado con el viento! ¡Es la última cerilla del mundo!

(Al fin, consiguen encender ambos trozos de la ramita y fuman con fruición los improvisados cigarrillos.)

¡Oh...! ¡Oh...! ¡Oh...! ¡Qué... cosa...!

CABO. *(Igual).* ¡Oh...! ¡Oh...! ¡Oh..., qué mierda... más buena...!

(Se han colocado codo a codo y, juntos, van a sentarse, a ser posible, en el proscenio, de cara al público, con las piernas colgando sobre aquél. Ahora reemprenden la conversación, que adquiere un tono mucho más coloquial.)

SOLDADO. Perdone la curiosidad...

CABO. ¿Sí?

SOLDADO. Allá, en la isba, ¿había alguna fuente, de esas con estanque y surtidorcito? *(El Cabo dice que no con un gesto).* ¡Qué lástima!

CABO. ¡Oh, pero no se apure por eso..., como si la hubiera habido!

SOLDADO. *(Entusiasmado).* ¡Ya decía yo! ¿Y cómo era, cómo era?

CABO. *(Con el «cigarrillo» en la boca, en medio del humo).* Era... Resulta muy difícil de explicar.

SOLDADO. *(Dibujando en el aire con un gesto).* ¿Una cosa así?

CABO. Parecida, parecida... *(Dibujando también en el aire).* Algo... así... y así..., ¡pero mucho más grande!

SOLDADO. *(Sinceramente admirado).* ¡Madrecita mía! ¿Con ranas? *(El Cabo asiente).* ¿Y pececitos? *(Idem).* ¿De colores?

CABO. *(Ponderativo).* ¡De todos los colores! Aunque, más que nada, rojos.

SOLDADO. *(Entusiasmado).* ¡Madre mía de mi corazón! *(No atreviéndose).* A lo mejor, hasta se podían echar barcos de papel en el agua...

CABO. *(Grandioso).* ¡Centenares! ¡Millares de barcos! ¡Una escuadra entera!

SOLDADO. *(Deshecho de entusiasmo).* ¡Sí que sería...! *(Quiere encontrarle un fallo).* Pero, ¿a que no había un vendedor de helados, ni un niño con un globo, ni...?

CABO. *(Mayestático).* ¿Quién ha dicho que no?

SOLDADO. *(En el séptimo cielo).* ¿Y árboles? ¿Había también árboles?

CABO. *(Como antes).* ¡Docenas y docenas!

SOLDADO. *(Como antes).* ¿Y daban sombra? *(El Cabo dice que sí).* ¿Y un camino, para pasear con Magda bajo los castaños?

CABO. No, castaños, no: abedules.

SOLDADO. *(Con su idea).* Bueno, pero abedules jóvenes. ¡Como para poder dibujar dos corazones, en la corteza, a punta de navaja! Dos corazoncitos..., ¡enormes! *(Con un gesto).* ¡De este tamaño! Dos grandes corazones enlazados, que fueran creciendo con el tronco hasta que se hicieran más grandes, el mío y el de Magda. *(Junta los pulgares de ambas manos, entrelazándolos).*

CABO. *(Curioso).* ¿Quién es Magda?

SOLDADO. Mi chica *(Extrae la fotografía).* ¡Esta!

(Cuando el Soldado pone al descubierto la fotografía, vuelve a entrar en escena Magda. Viene igual que la

hemos visto antes, con su aire de irrealidad real. El Cabo no parece darse cuenta de la presencia de la muchacha. Queda claro que, en la siguiente escena, sólo el Soldado ve a Magda.)

CABO. Muy guapa, sí, señor... ¡pero que muy guapa!

SOLDADO. *(Satisfecho).* ¿Verdad que sí? Ibamos a casarnos, ¿comprende?

CABO. Claro. *(Pausa).* ¿Y... ya no?

SOLDADO. Ya, no. La hizo picadillo una bomba.

CABO. Le acompaño en el sentimiento. *(Pausa).* ¿Cuándo iba a ser la boda?

SOLDADO. En otoño. *(Pausa).* El de antes de la guerra, claro.

CABO. *(Silencio. Recordando).* ¡Madre de Dios, aquéllo sí que era vivir!

SOLDADO. ¡Ya lo creo! Y sin embargo, apenas si nos dábamos cuenta. Se vivía, y ya estaba.

CABO. *(Con precaución).* ¿Qué haría usted si pudiera volver a aquel tiempo?

SOLDADO. *(Definitivo).* No se puede volver.

CABO. Ya, ya... Si se pudiera.

SOLDADO. No sé, así, de repente... *(Sincero).* No se me ocurre nada, la verdad. *(De pronto, sonriendo).* ¡Ya! ¡Le compraría un helado de fresa a Magda! *(Queda como avergonzado).* ¿Y usted?

CABO. ¿Yo? Creo que le echaría de comer a las vacas...

SOLDADO. *(Interrumpiendo).* ¿Las vacas comen flores?

CABO. *(No lo sabe bien, pero responde afirmativo).* ¡Oh, y tanto!

SOLDADO. *(Ilusionado).* ¡Ya olerán bien entonces, ¿eh?! *(Transición).* A Magda también le gustaban mucho las flores..., *(Ríe)*, no para comérselas, claro..., sino para hacer ramilletes y adornar el manillar de la moto.

(De repente, se dispone a montar en una moto imaginaria. La hace dar una vuelta por la escena, hasta que se topa con Magda, que ha permanecido inmóvil du-

rante toda la conversación anterior. Hace como si detiene la máquina y desciende de ella, aparcándola; luego se acerca a Magda. La luz general parece amortiguarse, por lo que respecta a la pareja.)

(Triste). Toda la semana esperando el domingo, ¿eh, nena?

MAGDA. *(Ilusionada).* ¡Toda la semana!

SOLDADO. ¡Pero eso terminó! ¡Para siempre! ¡Los domingos, el chiringuito y todo lo demás!

MAGDA. *(Tímida protesta).* Pero, ¿por qué, por qué? ¿Qué culpa teníamos nosotros?

SOLDADO. *(Vagamente).* ¿A mí qué me preguntas? A lo mejor, éramos malos sin saberlo...

MAGDA. *(Incrédula).* ¿Todos malos? ¿Toda la gente del mundo mala?

SOLDADO. ¡Que no me preguntes! ¡Yo no traje esta guerra!

MAGDA. *(Nostálgica).* ¡El mundo era de todos! ¡Y el sol..., y el aire..., y la vida! ¿Qué razón había para que nos los quitasen así? *(Protesta tímida).* ¿Qué razón...? *(El Soldado se encoge de hombros. Pausa. Súbitamente).* ¡Oh, y por si fuera poco, lo nuestro!

SOLDADO. ¿A qué te refieres?

MAGDA. Pues al casamiento, el piso, el garaje, los niños...

SOLDADO. *(Desconcertado).* ¿Los niños?

MAGDA. *(Siguiendo).* ...¿Cuántos hubiéramos tenido, eh?

SOLDADO. *(Ya en el juego).* Por lo menos, una docena.

MAGDA. *(Melancólicamente escandalizada).* ¡Hala, bruto, como en la India!

SOLDADO. *(Amargo).* De acuerdo, lo dejaremos en la parejita.

MAGDA. Eso ya resulta más razonable, ¿ves? Niño y niña. *(Calla y sonríe, evocadora. Poco a poco su expresión se vuelve angustiada. Al fin, temblándole la voz).* ¿Y ellos, también... han...?

SOLDADO. *(Estallando de rabia).* ¿Es que no quieres enterarte? ¡Todo ha muerto!

(Vuelve la luz. El Soldado va acercándose al Cabo, quien aparta la vista de la fotografía y hace un gesto como para devolverla al Soldado, que parece como si murmurase.)

CABO. Tenga. *(El Soldado no le hace caso).* ¡Eh! ¿Qué murmura usted?

SOLDADO. *(Volviendo a la realidad).* ¿Eh?

CABO. Tome. *(Le alarga la foto).* Lo he pasado muy bien mirándola. ¡Una chica muy bonita! ¡Pero que mucho!

SOLDADO. *(Coge la fotografía y con súbita determinación, dice).* ¿No tendría usted otra cerilla? La que a mí me quedaba la gastamos en fumar, ya sabe. *(El Cabo dice que no).* ¡Qué mala mmmm! Es que quería quemar el retrato, ¿comprende?

CABO. ¿Se ha vuelto loco? ¿Quemarlo? Ande, ande, déjese de chaladuras y guárdeselo.

SOLDADO. ¿Para qué, para seguir haciéndome ilusiones? Vamos, mírese bien en los bolsillos.

CABO. *(Lo hace).* Nada de nada.

SOLDADO. *(Va a romper la foto).* En ese caso...

CABO. *(Impidiéndoselo).* ¡Espere, coño, espere!

SOLDADO. ¿Qué?

CABO. Digo yo que podría regalármela a mí.

SOLDADO. ¡Venga ya!

CABO. ¿En qué quedamos? ¿No la iba usted a romper?

SOLDADO. Pero dése usted cuenta, ¡es una foto de mi novia!

CABO. ¿Ahora me sale usted con esos miramientos? ¿En nuestras circunstancias?

SOLDADO. *(Cayendo en la cuenta).* También es verdad. *(Sigue con la fotografía en la mano).*

CABO. Qué, ¿me la regala o no?

SOLDADO. *(En tono de suposición).* Supongamos que suponemos que se la doy a usted... ¿Qué pasaría? *(Indignado).* ¡Yo se lo diré!

Que se largaría por ahí a presumir de ligue a costa mía. ¡Y eso sí que no! Por si no lo recuerda, se trata de mi chica. ¡Mi chica, ¿comprende?! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

(Durante toda la escena anterior, Magda ha estado pendiente del diálogo, pero retrocediendo, hacia la salida derecha, de forma insensible, como si el recuerdo que el Soldado conserva de ella fuera desvaneciéndose. Por fin, cuando el Soldado guarda la fotografía, desaparece definitivamente por dicho lado.)

CABO. *(Indignado y sarcástico.)* ¿Presumir...? ¿Fardar...? Pero, ¿con quién...? ¿Dónde? Está usted pirado, tío.

SOLDADO. *(Bajando de las nubes).* Sí, tiene razón... *(Desconcertado).* Entonces, ¿para qué quiere la foto?

CABO. *(Que no lo sabe).* No sé..., será para llevar conmigo alguna cosa mía.

(Se miran los dos frente a frente. La mirada del Soldado recae intencionadamente sobre el casco del Cabo, que tiene ante sus propias narices.)

SOLDADO. *(Refunfuñando).* Cosa suya..., cosa suya... ¿Es que no tiene usted el casco?

CABO. *(Se lo toca con la mano).* ¡Hombre, no es lo mismo!

SOLDADO. No veo por qué, es muy bonito.

CABO. ¿Le gusta?

SOLDADO. ¡Un rato largo!

CABO. *(Súbitamente).* Bueno, pues le propongo un trato: el casco por la fotografía.

SOLDADO. ¡Jo, qué pesado!

CABO. Qué, ¿hace el negocio?

SOLDADO. *(Decidido).* ¡No! ¿O se figura usted que voy a chalanear con mi Magda como si se tratase de una vaca? *(Vuelve a fijarse en el casco).* Aunque bonito, lo es, hay que reconocerlo. *(Pausa).* ¿Podría probármelo?

CABO. ¡Naturalmente! Tenga. *(Se lo da).*

SOLDADO. *(El Soldado se coloca el casco, que le viene muy grande).* ¿Cómo se encuentra?

CABO. ¡Marcial!

SOLDADO. Pero, ¿muy marcial, muy marcial?

CABO. ¡Acojonante!

SOLDADO. *(Se pasea muy ufano. Transición. Devolviéndole el casco).* No, no.

CABO. ¿Qué sucede ahora?

SOLDADO. Sencillamente, que me da vergüenza. Hágase cargo, ¿qué pensaría la Magda?

CABO. Ella no va a enterarse. *(Como si le dijera un secreto).* Está muerta.

SOLDADO. Así y todo, no estaría bien, compréndalo. *(Insiste en devolverle el casco).* Tome, tome...

CABO. *(Que no lo coge).* Ande, déjese de escrúpulos. Al fin y al cabo, ¿qué es una fotografía? Un simple trozo de cartulina. En cambio, en casco..., ¿eh?

SOLDADO. *(Dándole vueltas en las manos).* No, si se ve que es bueno...

CABO. ¡Acero puro!

SOLDADO. ¿Cuántos quilates?

CABO. ¡Buf! ¡Lo menos cien!

SOLDADO. ¡Jo! *(Le mira y remira por dentro).* Y con sus correas...

CABO. Sí, y su lona verde de camuflaje..., y su redecilla para las ramas...

SOLDADO. *(Tentado).* Toda la guerra me la pasé soñando con un cacharro de esos. Como los había visto en el cine...

CABO. *(Tono de burla).* ¿Tan pobres andaban ustedes?

SOLDADO. *(Rápido, picado).* ¡No tanto como ustedes! *(Transición).* Sí, muy pobres... Al principio, no, claro. Los primeros soldados que movilizaron, llevaban de todo: casco, correaje, fusil, bayoneta... ¡Incluso botones en la guerrera, cuchara y plato! Pero, luego..., ya sabe lo que pasa..., la guerra se prolonga, todo se acaba...

CABO. *(Siguiéndole la corriente).* Ya es mala suerte, ya...

SOLDADO. No lo sabe usted bien. Por ejemplo, ¿a que usted ha desfilado alguna vez por las calles, con su banda de música y su uniforme nuevo?

CABO. ¡Qué pregunta! Claro que desfilé. Antes de salir para el frente.

SOLDADO. ¿Lo ve? Y seguro que la gente hasta le aplaudía.

CABO. *(Ponderativo).* ¡Uffff!

SOLDADO. ¿Desde los balcones?

CABO. Desde todas partes: en las aceras, desde los tejados, subidos a los árboles... ¡Era glorioso! *(Nostálgico).* ¡Se sentía uno importante!

SOLDADO. *(Envidioso).* Ya me lo imagino... En cambio, yo, ¡nada! Del taller al vagón. Ni tiempo me dieron para despedirme de Magda.

CABO. ¡Qué bestias!

SOLDADO. *(Asintiendo, con pesadumbre).* Muy bestias, mucho.

CABO. Los míos, no... Los míos... Oh, aquéllo era sencillamente grandioso... ¡Los tambores, las banderas, la música militar...! *(Desfila, de un lado a otro del escenario, con paso de parada y un imaginario fusil sobre el hombro).* ¡Prommm, prrrromm-pompon, pom, pom...!

SOLDADO. *(Enfadado).* ¡Ya está bien, hombre, no me lo restriegue más por las narices...!

CABO. *(En plena exaltación).* ¡Hasta pétalos de rosa nos tiraban las chicas desde las ventanas...!

SOLDADO. *(Admirado).* ¿Pétalos?

CABO. *(Triunfante).* ¡De rosa!

SOLDADO. ¡Fantástico!

CABO. *(Transición).* Claro que eso sólo fue el primer día...

SOLDADO. ¡Menos mal! ¿Y después?

CABO. ¡De cabeza al vagón, lo mismo que usted!

SOLDADO. *(Sardónico).* Por lo que veo, otra vez estamos empatados.

CABO. *(Fúnebre).* ¡A cero!

(De pronto, se establece entre ambos una corriente de intimidad. Se miran. El Soldado tiende al Cabo la mano.)

SOLDADO. Me llamo Patt, ¿y tú?

CABO. *(Estrechándola efusivamente).* Yo, ¡Volodia Andrepowsky Olovandovitch!

SOLDADO. *(Riendo).* ¿Todo eso?

CABO. *(Riendo).* Todo eso. Pero puedes llamarme Volodia.

SOLDADO. *(Riendo).* Sí, será mejor.

(Dejan de reir y se miran en silencio).

¡Qué cosas pasan, ¿eh?, Volodia!

CABO. ¡Qué cosas, Patt, qué cosas!

(Silencio. Transición.)

Qué, ¿hacemos el trato?

SOLDADO. *(Por el casco).* No vale la pena. Pensándolo bien, ¿para qué necesito esto ahora?

CABO. ¡Pero qué dices ¿Y si tuvieras que desfilar, qué pasaría? ¡No irías tú poco guapetón, con tu casco, marcando el paso!

SOLDADO. ¿Desfilar? ¡Pero si no hay tropas!

CABO. Pues desfilas tú solo. *(Sibilino).* Aún tenemos aquel asuntillo pendiente, ¿recuerdas? *(Pasándose el dedo por el cuello, en gesto de degüello)* Supón que me pelas tú a mí.

SOLDADO. *(Triste).* Sí, claro... También es posible...

CABO. ¿Ves? ¡Anímate, hombre! En ese caso te convertirías en vencedor... Y los vencedores tienen que desfilar para celebrarlo.

SOLDADO. ¿Forzosamente?

CABO. ¡Impepinablemente!

SOLDADO. *(Todavía dudando).* Si lo pones así...

CABO. Lo pongo como es, muchacho. *(Transición).* ¿Me das el retrato?

SOLDADO. *(Aún inseguro).* No.

CABO. ¿No? *(Quitándole el casco).* ¡Entonces, desfilarás a pelo!

SOLDADO. Aguarda un poco, aguarda... ¿No podríamos llegar a una transacción? Por ejemplo: yo te presto la fotografía y tú a mí el casco. Sólo durante un rato. Luego, nos los devolvemos y en paz. ¿Vale?

CABO. *(Tras rumiar el proyecto un instante).* Vale. Venga: intercambia.

(Hacen el cambio a tocateja. El Soldado se lo encasqueta y se pasea, con él, muy satisfecho. El Cabo contempla la foto con una sonrisa.)

SOLDADO. *(Orgulloso).* ¡Se siente uno distinto! ¡Sí, señor, pero que completamente distinto! *(Deteniéndose).* Y a ti, ¿cómo te va con el retrato?

CABO. ¡Maravillosamente! Tengo la sensación de que me he vuelto rico de repente.

SOLDADO. *(Ponderativo).* Es que no todo el mundo puede disponer de una foto como esa para él solo.

CABO. ¡Y que lo digas!

(Cada uno, encantado con lo que tiene, se va a sentar a distancia del otro. El Soldado se recuesta en un peñasco y el Cabo, tras guardarse la foto, se tumba en el suelo, con las manos en la nuca, mirando, soñador, al vacío. Silencio. Pasa por el ambiente una ráfaga de bonhomía.)

SOLDADO. *(En voz baja.)* Qué, ¿se está bien ahí?

CABO. Como Dios, ¿y ahí?

SOLDADO. ¡Cojonudamente! *(Transición).* Claro que mejor se estaría en la mecedora del porche, ¿no?

CABO. *(Pausa).* ¿Te has fijado en la nube del hongo ese de mierda? Se ha abierto en él un agujero, ¿lo ves? Parece una ventana. Yo

diría que lo mismo, lo mismo que la ventana del granero de la isba...

SOLDADO. ¿Sí?

CABO. *(Silencio).* Patt: si yo te pidiera un favor, un gran favor, ¿me lo harías?

SOLDADO. Prueba.

CABO. ¿De veras me lo harías?

SOLDADO. Claro. ¿De qué se trata?

CABO. De nada de particular. Es que me acuerdo de mi casa, ¿comprendes? De las vacas, sobre todo.

SOLDADO. ¿De la Potiuska? ¿La de la patada?

CABO. Y de las otras. *(Silencio. Tímidamente).* Dime, ¿querrías mugir un poco para mí?

SOLDADO. ¡Encantado¡

(Y con una gran ternura, muge unos instantes, mientras el Cabo, con los ojos cerrados, recuerda.)

CABO. ¡Oooooh! ¡Esto resucita a un muerto! *(Pausa larga).* Patt...

SOLDADO. ¿Volodia?

CABO. ¡Muchas gracias!

SOLDADO. No tiene importancia.

CABO. *(Sincero).* ¿Puedo hacer algo por ti?

SOLDADO. Bueno, así, de momento, no se me ocurre nada.

CABO. *(Tras un largo silencio).* ¡Y pensar que tenemos que terminar matándonos! ¡Con lo buenos amigos que hubiéramos sido tú y yo de habernos conocido en otras circunstancias!

SOLDADO. De eso, puedes estar seguro. Fíjate: yo te habría convidado a mi boda.

CABO. No lo dirás en serio.

SOLDADO. ¡Palabra de la buena! *(Evocando).* ¡Te habrías comido un trozo de plastel así de grande! ¡Y te habrías emborrachado! ¡Y habrías besado a la novia! ¡Y habrías bailado con ella! *(Rompe a reir).* ¡Y después, hasta conmigo!

CABO. *(Contagiado de la risa).* ¿Contigo?

SOLDADO. *(A carcajadas).* ¡Conmigo...!

(Se acercan y, de golpe, comienzan a hacer la comedia de las reverencias y las invitaciones.)

CABO. ¿Me haría usted el honor...?

SOLDADO. ¡Oh! ¡Oh! ¡Con mucho gusto!

(Ríen desaforadamente, poniéndose a bailar, tarareando una marcha nupcial. La escena es de una desbordada alegría. En el punto más alto de ésta, aparece en escena el Sargento, chamuscado como ellos. El color de sus restos de uniforme, es el mismo que el del Cabo. Lleva una gorra militar reventada sobre la cabeza. Sin dar crédito a sus ojos, contempla lo que está sucediendo en escena.)

SARGENTO. *(Gritando).* ¿Pero qué pasa aquí? ¡Qué contubernio es éste...?

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

(La acción se reanuda en el mismo punto en que quedó interrumpida en el acto anterior. Al alzarse el telón el Cabo y el Soldado están enlazados, bailando y riendo. El Sargento hace su entrada.)

SARGENTO. Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Qué contubernio es éste...?

(El baile se para en seco. Cabo y Soldado, asustados, quedan inmóviles. El Cabo reconoce a su superior y, con gran alegría, se deshace de su pareja y corre al encuentro del recién llegado.)

CABO. ¡Camarada Sargento! *(Al Soldado).* ¡Pero si es el camarada Sargento Petrov Petrovich!

SOLDADO. *(Muy contento también).* Ah, ¡muchísimo gusto!

SARGENTO. *(Sin hacer caso del Soldado).* ¡Exacto! ¡Soy el Sargento! ¡El último Sargento! ¡El único grado superior que queda! ¡La más alta representación de nuestro victorioso, aunque desaparecido ejército!

SOLDADO. *(Todavía en lo suyo).* ¿Quiere usted bailar con nosotros?

CABO. *(Volviendo a animarse).* ¡Ande, sí! *(Y ríe).*

SARGENTO. *(Con un grito).* ¡Basta de risas!

SOLDADO. *(Que no lo entiende).* ¿Por qué? Estamos contentos.

CABO. *(Igual).* ¡Muy, muy, muy contentos!

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¡Pues le prohibo estarlo!

CABO. *(Conteniendo la risa).* Pero, camarada Sargento...

SARGENTO. ¡Silencio! *(El Cabo corta en seco la risa).* Vamos, explíquese. ¿Qué sucede aquí?

CABO. *(Cortado).* Pues ya usted ve: estábamos bailando.

SOLDADO. Sí, los dos.

CABO. *(Volviendo a la alegría).* Y ahora que ya somos tres, ¡podremos cambiar de pareja...!

SOLDADO. *(Igual).* Así nos olvidaremos de todo.

CABO. ¡De la guerra!

SOLDADO. ¡De todo!

SARGENTO. *(Al Cabo, ignorando siempre al Soldado).* ¿Lo cree usted así, camarada? ¡Pues le prometo que de mí sí se acordará! ¡Le aseguro que se arrepentirá de haber nacido!

SOLDADO. ¡Huy! ¡De eso ya nos hemos arrepentido hace tiempo!

SARGENTO. ¡O de no haber muerto! De modo que, venga, ¡explíquese!

CABO. *(Tartajeante).* Bueno, en realidad...

SARGENTO. ¡Valiente espectáculo! ¡Un cabo de nuestra gloriosa milicia, confraternizando en repugnante camaradería con el enemigo!

SOLDADO. ¡Oiga, oiga, que habíamos empezado a ser amigos!

CABO. Como éramos los únicos supervivientes, pues... Bueno, y ahora también usted... ¡Pero ¿quién podía imaginárselo con la que nos ha caído encima?!

SARGENTO. ¿Quiere dar a entender que no contaba usted conmigo?

CABO. *(Exasperado).* Pero, ¿quién podía contar con nadie con la que ha caído? *(Por el Soldado).* Hasta tropezarme con éste fue una sorpresa para mí. ¡Ni yo mismo creí salir vivo de aquella mierda!

SARGENTO. ¿Y quién le autorizó a dudar de su camarada sargento?

SOLDADO. *(Mediador).* ¡No se enfade usted con él, hombre!

SARGENTO. *(Terrible, al Cabo).* ¡Cuádrese, cabo! ¡Y salude militarmente a su superior!

(El Cabo, aturullado, toma el casco de la cabeza del Soldado, se lo pone, se cuadra delante del Sargento y saluda militarmente.)

CABO. ¡Sí, camarada sargento! ¡A sus órdenes, camarada sargento!

SOLDADO. *(Al Cabo).* Escucha, Volodia...

SARGENTO. ¡¿Qué significa ese tuteo?!

SOLDADO. Me parece que tu sargento acabará por aguarnos la fiesta...

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¿Cómo ha podido usted caer tan bajo?

(El Cabo, avergonzado, no responde.)

SOLDADO. ¡Qué tipo tan paliza!

SARGENTO. Ah, no, esto no acabará así... Mi obligación sería mandar que le pasasen ahora mismo por las armas...

SOLDADO. *(Rompiendo a reir).* ¿Armas? ¿Qué armas? ¡Si ya no quedan armas!

SARGENTO. *(Continuando).* ...su delito le hace acreedor a ello. Pero no pienso hacerlo. ¿Premiar su horrible traición con los honores del fusilamiento? ¡No, y mil veces no!

SARGENTO. *(Con guasa).* Fusíleme con él, es muy simpático.

SARGENTO. *(Al Cabo, que permanece firme).* No, camarada cabo, voy a llegar más lejos, ¡le voy a degradar! ¡Es lo que usted merece!

CABO. *(Angustiado).* Permita que le explique, camarada...

SARGENTO. ¡Silencio! Deme sus galones, cabo. ¡Purgue su vergüenza!

CABO. *(Suplicante).* ¡No, los galones no, camarada sargento!

SOLDADO. *(Un poco cabreado).* Oiga, ¿no se está pasando de la raya? ¡Ya está bien, ¿no?! ¡La que ha liado usted por un simple baile de bodas!

SARGENTO. *(Al Soldado, por primera vez).* ¡Usted, cállese!

SOLDADO. ¡No se me pasa por...! *(Rectificando).* ¡No me da la gana! Yo no tengo nada que ver con usted. No puede mandarme, ¡no soy de su ejército!

CABO. *(Al Soldado).* ¡Le prohibo que falte usted al respeto a mi sargento!

SOLDADO. *(Sorprendido y dolido).* ¡Volodia! ¡Soy yo! ¿Qué te pasa?

CABO. *(Sin hacerle caso).* Verá, camarada sargento: ha habido un malentendido en todo esto.

SARGENTO. ¿Malentendido? ¿Es que no sé lo que yo mismo he visto? ¿Tendrá usted el cinismo de negar lo que he visto con mis propios ojos?

CABO. *(Aturullado).* No, no, yo..., quiero decir que mi intención...

SARGENTO. ¡Las intenciones no cuentan! ¡Los hechos! ¡Los hechos!

SOLDADO. *(Cabreadísimo).* ¡Deje en paz a Volodia de una vez! ¡Si tiene ese capricho, fusílenos a los dos, pero déjenos en paz! ¡Lo estábamos pasando tan a gusto...!

CABO. *(Al Soldado).* ¡No se meta usted donde no le llaman!

SOLDADO. *(De nuevo amargamente sorprendido).* ¿Eh?

SARGENTO. *(Al Cabo).* Bien: sepamos cuál era su intención.

CABO. *(Haciendo tiempo para encontrar la excusa).* ¿La verdad? ¿Quiere usted la verdad?

SARGENTO. Justamente.

CABO. ¿Toda la verdad y nada más que la verdad?

SARGENTO. *(Impaciente).* ¡Sí!

CABO. Pues..., aunque a primera vista pudiera parecer otra cosa..., estaba tratando de ganarme la confianza del enemigo...

(Gesto de dolorida sorpresa en el Soldado.)

SARGENTO. Aclare: ¿con qué objeto?

CABO. *(Avergonzado por el Soldado).* Con el de cogerlo y hacerle prisionero.

SARGENTO. *(En otro tono).* Bien, bien, bien... ¿Ha dicho prisionero?

CABO. Eso mismo, camarada sargento.

SARGENTO. Bien, bien, bien... ¿Y por qué no empezó por ahí? Eso cambia el aspecto de la cuestión.

CABO. *(Ansioso).* ¿De veras?

SOLDADO. *(Sinceramente apenado y sorprendido).* Entonces, ¿era todo mentira?

SARGENTO. ¡Un auténtico prisionero de guerra! Nunca había visto ninguno.

CABO. Claro, ¡como nos los cepillábamos a todos!

SOLDADO. *(Al Cabo).* ¡Todo mentira! El pastel de bodas, el beso a la novia, el baile... ¡todo!

SARGENTO. A ver: expóngame los hechos con claridad.

CABO. Pues eso: que estaba intentando hacerle prisionero.

SOLDADO. *(Indignado).* ¡Puerco traidor! ¡Miserable tramposo!

SARGENTO. ¿He oído mal o ha dicho usted «intentando»...? *(El Cabo dice que sí con un gesto).* Diga, ¿es que no ha conseguido todavía capturarle? *(El Cabo no responde).* Vamos, vamos, ¿lo ha conseguido o no?

CABO. Bueno, conseguirlo, lo que se dice conseguirlo... Pero se lo juro: ¡le tenía ya medio convencido!

SOLDADO. *(Con mucha pena).* ¡Todo era mentira!

CABO. Si hubiera usted tardado unos minutos más en presentarse...

SARGENTO. ¡Qué mala suerte!

CABO. Es lo que yo digo.

SARGENTO. ¡Un prisionero completamente mío!

CABO. ¡Por eso que no quede! Si lo desea, aún lo puede coger.

SARGENTO. ¿Sería usted capaz de hacer eso por mí, camarada?

CABO. ¡Ya lo creo que sí, camarada!

SOLDADO. *(Indignado).* ¡Pelotillero! ¡Lameculos!

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¡Así debe hablar un soldado!

CABO. Bastaría con que usted lo ordenase.

SARGENTO. ¡Bravo! ¡Pues se lo ordeno!

CABO. ¿Y ya no perderé mis galones de cabo?

SARGENTO. ¡Todo lo contrario! ¡Si logra su objetivo, incluso le otorgaré una recompensa! ¡El heroísmo y el valor siempre la merecen!

CABO. ¡Gracias, camarada! ¿Qué clase de recompensa, si puede saberse?

SARGENTO. ¿Qué le parecería una... condecoración? Redonda y con la cinta verde. ¿Le gustaría una así?

CABO. *(Con sincero entusiasmo).* ¡Uf! ¡Ya lo creo!

SARGENTO. ¡Pues lleve usted a cabo la misión que le he encomendado, y yo mismo se la prenderé sobre el pecho!

CABO. *(Conmovido y entusiasmado).* ¡La primera medalla de mi vida! ¡Es formidable! ¿Y sería mía para siempre? *(El Sargento asiente).* ¿Propiedad privada? *(Lo mismo).* ¡Maravilloso! *(De pronto, con duda).* Pero... y usted perdone la pregunta: ¿está usted autorizado a...? No se enfade, pero... yo no entiendo mucho de estas cosas y pienso que así..., sin más ni más..., a lo mejor un simple sargento... pues... no puede... ¡Como las cruces siempre las dan los generales...!

SARGENTO. ¡Cuente con lo dicho! ¿Es que no comprende que, no teniendo a nadie por encima, yo constituyo la superioridad más superior de nuestro ejército?

CABO. No, si no se lo discuto, pero...

SARGENTO. ¿Ignora usted lo que eso representa? ¡Que tengo todas las facultades!

CABO. ¡Me quita usted un peso de encima, camarada!

SARGENTO. No comprendo cómo se le ocurrió siquiera dudarlo, camarada. Entérese de una vez: ¡ahora, yo soy el Mando! ¡El Alto Mando! Se lo repito: si la arriesgada acción que va usted a emprender se viera coronada por el éxito...

CABO. ¡Se coronará, camarada sargento!

SARGENTO. Así lo espero..., me premiaré también a mí mismo. ¿Entendido? *(Transición).* ¡Cuarenta años suspirando por llegar a lucir algún día los bordados de Camarada Mariscal!

CABO. ¡Puede asegurar que ese día ha llegado!

SARGENTO. ¡De usted depende!

CABO. *(Heroico).* ¡Confíe usted en mí! *(Saludando militarmente).* Con su permiso, ¿puedo ya pasar al ataque?

SARGENTO. Con mi permiso, ¡sí! Le deseo suerte. *(Va a sentarse en un bloque de piedra).* Las novedades, a mi Cuartel General.

CABO. ¡Sí, camarada sargento!

(La escena que sigue, ha de desenvolverse con absoluta naturalidad, de forma que dé la impresión de que los personajes aceptan lo que les sucede como algo absolutamente lógico. El Cabo se sitúa en un ángulo del escenario, hace tornavoz con las manos y grita.)

¡Cuiiiiiit! ¡Cuuuuiiiiit! ¡A que te cojo!

(Empieza a correr a toda prisa de lado a lado y de ángulo en ángulo, hasta que, dándose cuenta de que el Soldado, abatido y desinflado, no colabora en el juego, sino que permanece, triste e indiferente, sin moverse de donde estaba, se detiene y le habla.)

¿Es que tú no corres?

SOLDADO. No quiero.

CABO. ¿Por qué?

SOLDADO. Porque no.

CABO. ¡Mira que te pillo!

SOLDADO. *(Encogiéndose de hombros).* Bueno.

(El Cabo duda si hacerlo prisionero. Al fin se decide. Da una pequeña carrerilla hasta el Soldado y le toca en un hombro.)

CABO. ¡Date!

SOLDADO. *(En la misma actitud de siempre).* Me doy.

CABO. ¡Te cogí!

SOLDADO. Ya lo veo.

CABO. Pero, ¿no vas a resistirte?

SOLDADO. No.

CABO. Hombre, no jorobes, ¡defiéndete! *(El Soldado niega con un gesto).* ¿Y te dejas coger sin defenderte?

SOLDADO. Ya lo ves. *(El Cabo duda).* Anda, termina de una vez.

CABO. Tendré que trasladarte.

SOLDADO. Bien.

CABO. Al puesto de mando.

SOLDADO. Donde te salga de los cataplines.

CABO. *(Casi suplicante).* ¡Patt! *(Disculpándose).* Cumplo órdenes, hazte cargo... Una orden es una orden... Me ha prometido una condecoración... ¡Figúrate! A lo mejor, te pondría a ti otra si fueses valiente y te defendieras un poco... *(El Soldado*

no dice nada y continúa en su triste y aplanada actitud. El Cabo suplica de nuevo). ¡Patt...!

(Por último, resignado, el Cabo coge al Soldado por los bajos de la guerrera y le lleva, dando previamente una vuelta por todo el escenario, hasta el lugar donde se encuentra sentado el Sargento. El Soldado se deja llevar sin ofrecer resistencia, las manos en la nuca, como un auténtico prisionero. El Cabo se cuadra y saluda.)

¡Cabo Volodia Andrepowsky Olovandovitch, presente y sin novedad!

SARGENTO. *(Como si no hubiese presenciado la comedia anterior).* ¿Qué sucede?

CABO. ¡Un prisionero!

SARGENTO. ¿Quién lo ha capturado?

CABO. ¡Anda, coño! ¡Yo!

SARGENTO. ¿Cómo? ¿Usted solo?

CABO. *(Orgulloso).* ¡Completamente solo! ¡Con la única ayuda de mi iniciativa, entusiasmo, intrepidez, bizarría y un par de pelotas que...!

(El Sargento extrae del bolsillo un par de charreteras que se coloca así mismo sobre los hombros de la guerrera. Inmediatamente, adopta un aire grave, de consciente y glacial superioridad.)

SARGENTO. ¿Así que tenemos un prisionero, camarada cabo?

CABO. ¡Sí, camarada sargento!

SARGENTO. *(Sonríe, mientras le muestra las «palas»).* ¿Cómo, cómo dice? ¿Sargento? ¿Es que aún no ha aprendido a reconocer las insignias de Mariscal?

CABO. *(Confuso).* Oh, sí, claro, camarada Mariscal.

SARGENTO. *(Examinando al Cabo de pies a cabeza, como si lo viese por primera vez).* ¿Qué espera? Ya puede retirarse.

CABO. *(Sin moverse).* Con su permiso... quisiera recordarle... La medalla, ¿sabe?

SARGENTO. No sé de qué me habla.

CABO. La de la cinta verde.

SARGENTO. Ignoro de qué se trata. ¡Retírese!

CABO. *(Desconcertado).* Pero...

SARGENTO. *(En tono condescendiente, aunque autoritario).* Veamos: ¿tiene usted alguna reclamación que formular contra su camarada Mariscal?

CABO. ¡Sí! *(Transición).* Claro que, verdaderamente, y usted perdone, aquél no era más que Sargento.

SARGENTO. *(Sonriente).* Entonces, preséntese a él, háblele, no me ponga inconvenientes a mí. Las pegas, a quien tenga que resolverlas, ¿entendido?

CABO. Sí, camarada Mariscal.

SARGENTO. ¡Señor!

CABO. Sí, señor..., camarada señor. Lo que sucede es que..., bueno, que no sé dónde voy a localizarlo.

SARGENTO. Ese es asunto suyo.

CABO. Pero...

SARGENTO. ¡Asunto suyo!

CABO. ¡Sí, señor; camarada señor!

SARGENTO. Ande, ande, retírese.

CABO. ¡A la orden!

(El Cabo saluda militarmente, gira sobre sí mismo y camina rígidamente unos pasos, haciendo media vuelta después para quedar algo alejado del Sargento, donde permanecerá en posición de firmes.)

SARGENTO. *(Al Soldado).* Vamos a ver: usted, ¡acérquese! *(El Soldado no se mueve, es el Sargento quien se acerca a él).* Comenzaremos por su filiación, nombre y apellidos, edad, número de placa... En fin, esas cosas.

SOLDADO. *(Al Cabo, sin hacer caso del Sargento).* ¡Ya no somos amigos! ¡Ya no quiero que me fusilen con usted!

SARGENTO. ¡Le estoy interrogando!

SOLDADO. *(Furioso).* ¡A mí que me cuenta! ¡Déjeme tranquilo! ¿No ve que estoy muy triste?

SARGENTO. Si se obstina usted en su silencio, le tendré que considerar un espía.

SOLDADO. ¡Haga lo que le dé la gana!

SARGENTO. ¿Sabe usted con quién está hablando?

SOLDADO. *(Aburrido).* Me duelen los oídos, no grite.

SARGENTO. *(Transición, amistoso).* Bien. No perdamos la calma, si no, no vamos a entendernos. ¿Le parece que volvamos a empezar por el principio? *(El Soldado hace un gesto de enfado).* No, no: ¡por las buenas!

SOLDADO. No me interesa.

SARGENTO. ¡Pero a mí sí que me interesa! *(Transición. De nuevo amistoso).* Escuche: yo no tengo intención de causarle a usted ningún daño. La amparan la Convención de Ginebra, el pacto de Helsinky y el Derecho Internacional...

SOLDADO. *(Irónico).* ¡Magnífico! ¿De veras?

SARGENTO. Yo, en este caso, me limito a observar los usos y costumbres habituales en estas situaciones. Le he cogido prisionero, ¿no? Luego tengo derecho a someterlo a un hábil interrogatorio.

SOLDADO. Pierde usted el tiempo. Sólo daré mi nombre, Patt, y el número de mi placa de identificación. A un prisionero no puede obligársele a más, lo he aprendido en el cine.

SARGENTO. Terco como una mula, ¿eh? *(El Soldado no responde).* ¡Pues las va a pasar usted putas!

SOLDADO. *(Burlón).* ¡Qué miedo!

SARGENTO. *(Otra vez amistoso).* Pero, vamos a ver: en realidad, ¿qué es lo que yo le exijo..., mejor dicho, qué es lo que le pido? Una pequeña información, lo que pueda contestar buenamente.

SOLDADO. Y si lo hiciera, ¿qué?

SARGENTO. ¿De veras le interesa saberlo? Pues, mire, voy a sincerarme con usted, me ha caído simpático. ¿Ve usted estas insignias? *(Tras*

señalarse las charreteras). ¡Son el premio de cuarenta años de servicio! ¿Qué le parecen?

SOLDADO. ¡Ptsé! No están mal del todo.

SARGENTO. ¡Naturalmente que no están mal! Sin embargo, comparadas con la banda de Mariscal en Jefe, ¡nada!

SOLDADO. *(Indiferente).* ¿Ah, sí? Pues, sí que debe ser...

SARGENTO. ¡Un sueño! ¡Una virguería! ¡Con su borlón de flecos, su filtiré dorado, su...! ¡Algo que quita el hipo!

SOLDADO. ¿Y qué tengo yo que ver con esa banda?

SARGENTO. ¿Ha oído usted hablar del ascenso por méritos?

SOLDADO. Más o menos.

SARGENTO. ¡Pues eso! Porque supongo que no se habrá usted imaginado que en la guerra todo consiste en ser más valiente que nadie... También se premian la estrategia, la táctica, la astucia. De manera que si yo, astutamente, consiguiera arrancarle un par de secretitos militares...

SOLDADO. ¿Sobre qué?

SARGENTO. Sobre cualquier cosa: los verdaderos efectivos bélicos del adversario, verbigracia.

SOLDADO. Pero, hombre de Dios, ¡si yo soy el único efectivo que queda!

SARGENTO. Inteligente observación, señor mío. Pero el caso es que yo necesito hacer méritos, porque, sin un motivo que lo justifique, ¡dígame usted con qué cara..., mejor dicho, con qué fundamento, podría nombrarme a mí mismo Mariscal General en Jefe! En una palabra: voy buscando desesperadamente el ascenso.

SOLDADO. ¿A Mariscal General... en... eso? *(El Sargento asiente).* Ya. Y usted se ha hecho a la idea de que yo le ayudaré a conseguirlo.

SARGENTO. *(Humilde).* Hombre, tenía esa esperanza.

SOLDADO. ¡Pues abandónela!

SARGENTO. ¿Es su última palabra?

SOLDADO. ¡La ultimísima!

SARGENTO. Pero, amigo...

SOLDADO. ¡No soy amigo suyo!

SARGENTO. ¿Por qué? Al fin y al cabo, ¿qué es lo que le exijo... repito, repito, no se lo exijo, se lo ruego? Que responda a unas cuantas preguntas.

SOLDADO. Pero es que yo se lo repito también: ¡no me da la gana de contestar!

SARGENTO. ¿Aunque se lo suplique?

SOLDADO. ¡Aunque se hinque usted de rodillas!

SARGENTO. ¡El Mariscal General en Jefe Petrov Petrovitch! ¡Con lo bien que eso suena!

SOLDADO. ¡Lo que es a mí...!

SARGENTO. ¿No le suena bien?

SOLDADO. Pues, no.

SARGENTO. ¿Me permite usted una pregunta... de tipo personal?

SOLDADO. Si es puramente personal...

SARGENTO. ¿Usted tenía madre?

SOLDADO. ¡Anda, claro! Y novia..., y hasta un taller mecánico y todo.

SARGENTO. ¿Qué habría pasado si un día hubiese usted llegado a su casa con la banda de Mariscal General en Jefe sobre el pecho, eh?

SOLDADO. ¡Jo! ¡Que habría dado el golpe!

SARGENTO. Seguro. Entonces, ¿por qué no se muestra más condescendiente y me brinda esa satisfacción a mí?

SOLDADO. No es el mismo caso: usted es el enemigo.

SARGENTO. *(Enfadado).* ¡Si empezamos a desenterrar otra vez el hacha de guerra!

SOLDADO. No, yo no quiero más guerra.

SARGENTO. ¡Buen muchacho! Qué, ¿se decide?

SOLDADO. *(Suavizando su actitud).* ¿De verdad, de verdad que eso le haría tan feliz como dice?

SARGENTO. ¡El hombre más feliz del mundo!

SOLDADO. Es poco. ¡Sólo quedamos tres...!

SARGENTO. Bueno, pues de los tres.

SOLDADO. *(Que estaba a punto de decir que sí).* ¡No, no, no...! ¡Me niego!

SARGENTO. *(Suplicando hipócritamente).* ¡Hágalo por mí!

SOLDADO. ¡Que no y que no!

SARGENTO. Pues, ¡por su madre! ¿Era muy vieja? ¿Viejecita y arrugadita? ¿Con la cara como una pasa? *(El Soldado gime).*

SOLDADO. *(Llorando).* ¡Qué fastidio! ¡No se puede andar por el mundo con un corazón tan blando como el mío!

SARGENTO. *(Compasivo).* Vamos, vamos, no llore. *(El Soldado se enjuga la nariz).* ¿Puedo empezar a preguntar? ¿Sí o no?

SOLDADO. *(Llorando todavía).* Ande, ¡pregunte lo que quiera...!

(El Sargento se frota las manos, satisfecho. Extrae del bolsillo un trozo de papel arrugado y una colilla de lapicero.)

SARGENTO. ¡Muy bien! Empecemos. *(Cambia el tono, que se vuelve frío e impersonal. Se sienta sobre un montón de cascotes y comienza el interrogatorio).* ¿Batulería?

SOLDADO. Mucha.

SARGENTO. ¿Dónde?

(El Sargento va anotando las respuestas.)

SOLDADO. Por ahí.

SARGENTO. ¿Cuántos emplazamientos?

SOLDADO. ¡Puf! Ni se sabe.

SARGENTO. ¿En línea?

SOLDADO. En curva.

SARGENTO. ¿Bombas?

SOLDADO. Hubo.

SARGENTO. ¿H...?

SOLDADO. ...I, J, K, L y M.

SARGENTO. ¿Proyectiles convencionales?

SOLDADO. ¡La tira!

SARGENTO. ¿Grasa de engrasar?

SOLDADO. De eso, bastante menos.

SARGENTO. ¿Nidos de ametralladoras?

SOLDADO. Nidos de pájaros.

SARGENTO. ¿Divisiones?

SOLDADO. No, restas.

SARGENTO. ¿Número?

SOLDADO. Pi.

SARGENTO. ¿En qué sector?

SOLDADO. Según se va, a mano derecha.

SARGENTO. Bien. ¿Y de fuerzas?

SOLDADO. Regularcillo, más bien pocas.

SARGENTO. ¿Muertos?

SOLDADO. Seis mil millones.

SARGENTO. ¿Vivos?

SOLDADO. *(Por el Cabo y ellos mismos).* Ese, usted y yo, salvo imprevistos.

SARGENTO. ¿Cómo?

SOLDADO. A lo mejor, todavía aparece alguno. Igual sucedió con usted.

SARGENTO. ¿Qué me dice de la moral del combatiente?

SOLDADO. Lo que usted quiera.

SARGENTO. Que está muy decaída.

SOLDADO. Pues eso, que estoy muy decaído.

SARGENTO. ¿Sinalergia?

SOLDADO. No, bolován.

SARGENTO. Ya. ¿Y el espíritu de la población civil?

SOLDADO. Cuando aún había, ptsé.

SARGENTO. Precise.

SOLDADO. La última vez que salí con Magda, me pidió un helado de fresa.

SARGENTO. ¿Se lo compró?

SOLDADO. ¡Qué va!

SARGENTO. ¿Motivos?

SOLDADO. Indigestión.

SARGENTO. ¿Fábricas en la retaguardia?

SOLDADO. No, ruinas.

SARGENTO. Una última pregunta.

SOLDADO. Venga.

SARGENTO. ¿Que sí?

SOLDADO. Que no.

SARGENTO. *(Dando por finalizado el interrogatorio).* Perfectamente.

SOLDADO. Si quiere que añada alguna otra cosa...

SARGENTO. No es necesario. *(Presentando el papel al Soldado, al tiempo que le entrega el lapicero).* Firme usted aquí.

SOLDADO. *(Intenta hacerlo, aunque sin éxito).* No puedo. Se ha gastado la punta.

SARGENTO. Pues ponga sus huellas dactilares. *(Extrae un pequeño tampón del bolsillo).*

SOLDADO. *(Poniendo su dedo pulgar en el tampón y luego en el papel).* No marca, se ha secado la tinta.

SARGENTO. ¡Qué contrariedad!

SOLDADO. No se preocupe, eso yo lo soluciono en seguida. *(Se pasa el pulgar por la cara ennegrecida y a continuación lo imprime sobre el papel).* ¿Lo ve?

SARGENTO. Todo listo.

(El Sargento dobla cuidadosamente el papel y se lo guarda, lo mismo que el lápiz y el tampón, en un bolsillo, al tiempo que, de otro, extrae una banda azul impresionante, toda llena de bordados y adornos dorados. Se la pone solemnemente cruzada sobre el pecho.)

SOLDADO. *(Al verla).* ¡Puñeta! ¡Tenía usted razón, es virguera!

(El Sargento, a partir de ahora, prescinde absolutamente del Soldado.)

SARGENTO. ¿Cabo?

CABO. *(Que se cuadra).* ¿Camarada señor?

SARGENTO. Hágase cargo del prisionero.

SOLDADO. ¿A qué viene eso ahora?

SARGENTO. Trasládelo al campo de concentración.

CABO. ¡A la orden, camarada señor! *(En este momento, se da cuenta de la banda que lleva el Sargento. Extasiado, maravillado. Absolutamente subyugado).* ¡Ooooooooh!

SARGENTO. Debidamente custodiado. *(Al advertir la sorpresa del cabo).* ¿Qué pasa? ¿No ha visto nunca a un Mariscal General en Jefe?

CABO. ¡Nunca, que yo recuerde! ¡Y menos así, tan de cerca!

SARGENTO. *(Satisfecho, se deja contemplar).* ¡Ya está bien, cabo! *(Taconazo).* Llévese a este individuo.

SOLDADO. *(Al Sargento, completamente desconcertado).* Pero, ¿qué tiene contra mí? ¿No hice lo que quería? ¿No le he dado la información?

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¡Y mucho cuidado! ¡Es peligroso! ¡Capitalista, segregacionista, imperialista, enemigo del pueblo...

SOLDADO. ¿Peligroso yo? ¡Díselo tú, Volodia! ¡Explícale que tengo el corazón más tierno que un palomo!

SARGENTO. ...y, por si fuera poco, traidor a su patria! Se ha ofrecido voluntariamente a colaborar con el enemigo. Un sujeto así es capaz de todo. No lo pierda de vista.

CABO. No, señor; camarada señor.

SOLDADO. *(Resistiéndose, a punto de llorar).* ¡No quiero que me lleven! ¡Es injusto! ¡No quiero!

CABO. *(Triste, al Soldado).* Es inútil. ¿Para qué resistirse? El es más fuerte que nosotros.

SOLDADO. ¿Quieres decir que tengo que bajarme los pantalones?

CABO. Pues...

SOLDADO. Lo mismo que tú, ¿no?

CABO. No, no es lo mismo. A mí me mandan que te lleve, y lo hago.

SOLDADO. *(Amargo).* Ya.

CABO. ¡Quién sabe! A lo mejor no se está tan mal en un campo de prisioneros...

SOLDADO. Claro, ¡como no es a ti al que le encierran!

CABO. Además, si te hubieran fusilado, habría sido peor, ¿no te parece?

SOLDADO. ¿Crees tú?

CABO. Anda, camina, Patt. No me compliques la vida.

SOLDADO. Lo que más me duele, es que seas tú, precisamente tú, el verdugo. ¡Atreverse a vender a un compañero!

CABO. ¡Nada de compañeros! Somos enemigos, ¿recuerdas? Ibamos a matarnos.

SOLDADO. *(Indignado).* ¡Pero eso no le da a usted derecho a portarse conmigo como un cerdo! Sobre todo, cuando le había invitado a usted a mi boda.

CABO. ¿Y yo? ¿Acaso me había negado a llevarte a pasar un fin de semana en la isba?

SOLDADO. *(Sarcástico).* La isba, ¿eh?

(Durante el diálogo anterior, el Cabo y el Soldado han dado una vuelta completa a la escena en un imaginario recorrido hasta el supuesto campo de concentración. En este momento, la luz de la escena baja. Se hace poco a poco de noche. Un rayo de luna ilumina el centro del escenario, donde se supone el imaginario campo. El Sargento desaparece del lugar donde se encuentra, borrado por la oscuridad que allí cae.)

(Señalando el rayo de luna). ¿Es esto la isba?

CABO. No, es el campo de concentración...

SOLDADO. *(Imitando a las ovejas).* ¡Beeeeh! ¡Beeeeeeeh! También sé balar, ¿sabe usted? Como las ovejas... ¡Beeeeh...! ¡Beeeeeh...!

CABO. ¿A qué viene esto ahora?

SOLDADO. ¡Beeeeh...! ¡Beeeeh! ¡Ande, métame en el redil! ¡Venga! ¡Beeeeh...!

CABO. *(Triste, justificándose).* ¡Cumplo con mi deber, compréndelo! ¡No puedo hacer otra cosa!

SOLDADO. ¡Y yo con el mío: ¡beeeeeh..., beeeeh!!

CABO. *(Abriendo una imaginaria puerta).* ¿Vas a entrar por tu voluntad o tendré que...?

SOLDADO. *(Irónico).* ¿Causarle más problemas? ¡De ningún modo! ¡Estaría bueno! *(Entra en el imaginario campo, a través de la también imaginaria puerta).*

CABO. *(Hace como que cierra ésta. Y después).* Lo siento, Patt. De veras. Palabra que lo siento.

SOLDADO. No se preocupe, ya todo me da igual. Pero haga el favor de devolverme la fotografía.

CABO. ¡Eso no Patt! ¡No me hagas eso!

SOLDADO. ¡Deprisa! ¿Me la entrega usted buenamente, o presento una queja a su superior por extorsión y malos tratos?

CABO. *(Asustado).* ¡No una queja, no! *(Le devuelve la fotografía, no sin renuencia).* Ten.

(El Soldado, ahora abatido y desamparado, queda con la mirada fija en un indeterminado punto y las manos asidas a las supuestas alambradas del campo de prisioneros. Tras una larga pausa, durante la cual el Cabo pasea de un lado a otro haciendo de centinela, aunque mirando de cuando en cuando al Soldado, aquél se detiene, por fin, delante de éste y le dice, con ternura.)

Estarás muy solo, metido entre esas alambradas, ¡muy solo! *(El Soldado no le mira ni responde).* Patt, ¿no me dices nada? *(Con infinita ternura).* ¡Patt! ¡Patt! ¡Pero Patt...!

(El Cabo reemprende sus paseos. Paulatinamente, la luz va desapareciendo. Sólo queda el rayo de luna que cae directamente sobre el Soldado, quien, poco a poco,

se arrodilla y, por último, se tiende en el suelo, cara al cielo, con los brazos abiertos. La luz se apaga del todo.)

CUADRO

ACTO SEGUNDO

Cuadro segundo

(La acción continúa en el mismo punto en que quedó interrumpida en el cuadro anterior. El Cabo pasea, haciendo su centinela, de un lado a otro del proscenio. La luz de la luna ilumina al Soldado, doblado ahora sobre sí mismo, en una posición casi fetal. El Sargento se halla ahora de pie sobre el montón de cascotes que decidió anteriormente convertir en su «puesto de mando», examinando el horizonte —tenebroso, como siempre— a través de unos imaginarios prismáticos, formados con sus propios dedos, doblados a manera de tubos. Es de noche. Las nubes, pesadas y grises, contribuyen a acentuar la imagen de la desolación absoluta.)

(Pausa larga.)

SARGENTO. *(Bajando de su observatorio. Al Cabo).* ¿Va todo bien?

CABO. *(Cuadrándose).* Perfectamente y sin novedad, camarada señor.

SARGENTO. Déme la consigna.

CABO. No perder de vista al prisionero.

SARGENTO. Exacto. Y, si es así, ¿cómo no ha montado usted todavía un auténtico servicio de vigilancia?

CABO. *(Aturullado).* Es lo que estoy haciendo: vigilar.

SARGENTO. Sí, pero sólo una zona reducida del campo de alambradas. Diga: si al cautivo se le ocurriera saltarlas, por ejemplo *(Señala un punto a la izquierda del escenario),* por allí..., o por allí..., o... por allí..., *(Va señalando distintos puntos dando la vuelta sobre sí mismo).* ¿Podría evitar usted la fuga? ¿Se percataría de ello siquiera? No. ¿Por qué? Porque le falta perspectiva. Usted debe dominar con la vista el recinto entero, ¿estamos? *(El Cabo dice que sí más aturullado todavía).* Por tanto, usted se ha de colocar... *(Señalando hacia la cima de un talud que*

hay a la derecha.) ¡allá!, ¿estamos? *(El mismo juego de asentimiento por parte del Cabo).* ¡Arriba, entonces! ¡Pronto!

CABO. ¡Sí, señor! ¡A la orden, camarada señor!

SARGENTO. Entre tanto, yo voy a recorrer los puestos.

CABO. *(Desconcertado).* ¿Puestos? ¿Qué puestos?

SARGENTO. Los de las avanzadas, naturalmente. Nos encontramos en una posición de vanguardia, no lo olvide.

CABO. *(Aún más desconcertado).* ¿Usted... y yo?

SARGENTO. Claro. Como sólo quedamos los dos, nos encontramos en primera línea estemos donde estemos. Usted es cabo, debería saberlo.

CABO. ¡Pero si ya no existen puestos, señor! ¡Lo único que hay son ruinas, desolación, devastación, destrucción... y mucha mierda por todas partes!

SARGENTO. ¡De sobra sé lo que hay! ¡Pero uno no he llegado a Mariscal General en Jefe para permanecer sentado tranquilamente en una piedra! ¿O acaso se figura que, después de cuarenta años de esperarla, voy a perder la oportunidad que se me presenta?

CABO. ¿Qué clase de oportunidad, si me permite la pregunta?

SARGENTO. ¡Estúpido! ¿Cuál es ahora mi misión? Planear maniobras..., inteligentemente concebidas, claro... Movimientos logísticos escrupulosamente planteados... *(Gesto de incomprensión en el Cabo).* Sí, hombre: marchas envolventes, ataques en profundidad, rectificaciones de línea... ¡Es la primera ocasión que tengo de dirigir la guerra, y le juro que no la dejaré escapar!

CABO. *(Totalmente despistado).* Pero, ¿así..., sin ejército?

SARGENTO. ¿Cuántas veces tendré que repetírselo? ¡Ahora, el ejército soy yo! ¡Sí, yo! ¡Yo! No queda nadie con mayor jerarquía, ¿verdad? ¡Pues yo! *(Transición. Señalando un punto concreto en lo alto del talud).* ¡Suba!

CABO. ¡En seguida, señor! ¡En seguida!

(El Cabo desaparece subiendo el talud. El Sargento, una vez comprobado que sus órdenes se han cumplido, se pierde también fuera de escena, encaminándose a

recorrer los «puestos avanzados». Pausa. El Soldado cobra movimiento. Se arrodilla; mira a uno y otro lado con angustia.)

SOLDADO. *(Con sorda desesperación).* ¿Por qué? ¿Por qué? Yo estaba en el taller, desmontando un neumático..., ¡y de pronto, sin saber cómo, me meten en una jaula como a un mono! *(Gritando).* ¡Que me den una razón! ¡Una sola razón que explique todo esto! ¡Quiero una razón! ¡Pido una razón! ¡Exijo una razón! *(Llora. De pronto, recuerda la fotografía que guardó en el bolsillo. La extrae y la contempla, mientras dice).* ¡Anda Magda! ¡Explícamelo tú! ¡Tú, Magda, tú!

(La escena, que, desde que el Sargento se ha ido, ha estado recorrida sincronizadamente por un rayo de luz, proveniente de un supuesto proyector del campo de prisioneros, va tomando una ire de sueño. En medio del encantamiento, el paisaje va a quedar convertido, para Magda, en un rincón en un parque público, donde hay un chiringuito, un «shooping», un restaurante, y en el centro, una jaula de monos, dentro de la cual, lógicamente, se encuentra el Soldado. Este se agarra ahora a los barrotes en posición simiesca. Por el fondo, entra Magda, vestida como siempre. Lleva prisa y mira continuamente el reloj. No ve la jaula ni, naturalmente, al soldado, quien, en cambio, sí ve a Magda, a la que, desesperadamente, grita.)

¡Magda! ¡Magda!

MAGDA. *(Que consulta el reloj).* ¡Ya no vendrá, seguro! ¡Es muy tarde!...

SOLDADO. ¡Magda, por favor! ¡Estoy aquí! ¡Ayúdame!

MAGDA. *(Siguiendo en lo suyo).* ... ¡Y esto está más solitario que nunca...!

SOLDADO. *(Suplicante).* ¡Sácame de aquí, Magda!

MAGDA. *(Igual).* ....ni la parejita... ni el hombre de los helados... ni el niño del globo...

SOLDADO. *(Desesperado).* ¡Dios mío, Magda!

MAGDA. *(Pasea inquieta).* ¡Se arrepentirá! ¡Luego, cuando venga, se arrepentirá! *(De súbito, percibe la sensación de encontrarse en un lugar extraño. Transición).* ¡Qué raro! Parece como si... ¡No se mueve ni una hoja de árbol!

SOLDADO. *(Rogando).* ¡Magda! ¡Magda!

MAGDA. *(Ahora se da cuenta de la presencia del mono).* ¿De dónde ha salido esto? Antes no estaba aquí esta jaula. Al menos, yo no recuerdo haberla visto... *(Transición).* ¿No me habré equivocado de plaza? ¡Claro que sí! ¡Y el pobre Patt debe estar esperándome! ¡Sí que la he hecho buena...! *(Va a salir deprisa).*

SOLDADO. *(Con un grito).* ¡No te vayas! ¡Soy yo! ¡Soy yo!

MAGDA. *(Se detiene y vuelve la cabeza. Al Soldado).* ¡Qué gracia! Yo diría que me había llamado... *(Al Soldado).* ¿Me llamabas? *(Se tiende en el suelo hasta quedar cara frente a cara ante el Soldado. Juguetona, como si se dirigiese efectivamente a un mono).* ¿Qué quieres tú, eh, monito?

SOLDADO. *(Desesperado).* ¡Soy yo! ¿No te das cuenta? ¡Yo!

MAGDA. *(Que ha buscado dentro de un imaginario monedero).* Lo siento, pero no llevo cacahuetes, caramelos ni nada. No contaba contigo, hazte cargo. ¡Ni siquiera sabía que había un mono aquí!

SOLDADO. *(Gesticula desesperado).*

MAGDA. *(Curiosa).* ¿De qué raza eres? Un ti-tí, no, eso se ve en seguida. *(Lee el cartel).* «Prisionerus belici... Simius vulgaris... Terraqueum». ¡Vaya, no está mal!

SOLDADO. *(Sus gestos desesperados son los de un simio.)*

MAGDA. *(Un poquito sobresaltada).* ¡Eh, eh! ¿Qué te pasa ahora? ¡No hagas tonterías! ¡Vuelvo a decirte que ignoraba que estuvieses aquí...! *(Mira en torno).* Porque este es el sitio de siempre, ahora estoy segura. ¡Y tanto que lo es! *(Señalando las inexistentes presencias).* Mira: ¡el chiringuito, el restaurante, el «shooping» y la fuente...! Lo que ocurre es que hoy está muy solitario este rincón... Por eso pensé que me había equivocado de plaza... Falta la pareja de enamorados... Y también el vendedor de helados y el niño del globo. Y encima han puesto

aquí una jaula, que antes no estaba. ¡Y contigo dentro, además! ¿Cómo no iba yo a despistarme?

SOLDADO. *(Queda desesperadamente inmóvil y angustiado.)*

MAGDA. *(Ríe).* «Prisionerus belici»... ¡Estoy viendo la cara de Patt cuando llegue! *(Súbitamente).* ¡Huy, Patt! *(Va a salir corriendo).* No, no, si el que tiene que venir es él... *(Vuelve hacia el Soldado).* Eso: ¡te llamaré Patt, como a mi novio! ¡La rabieta que va a pillar cuando se entere! *(Ríe)* «¿No sabes? En nuestra placita han instalado una jaula con un mono..., un "prisionerus belici"... Le he puesto tu nombre, ¿comprendes?... *(Ríe)* ¡Se te parece tanto...! No te enfades, hijo. Como tú no llegabas y me aburría, pues... Así que, tanto si te gusta como si no...» *(Al Soldado).* ¡Patt! ¡Eh, Patt! ¡Patt...!

SOLDADO. *(Gime primero, luego llora).*

MAGDA. Pero, ¿qué te ocurre, qué tienes? *(Transición).* Si yo comprendo que no te guste estar enjaulado... A nadie le gustaría, es natural... Tampoco a Patt le haría gracia... *(Ríe)* Claro que él no es un mono... *(Mira el reloj de nuevo).* Demasiado tarde ya para que venga... *(Al Soldado).* ¿Te he contado ya que Patt es mi novio? Nos casaremos pronto. Para octubre. Y será una boda preciosa... Nos echarán puñados de arroz y nos atarán latas vacías a la trasera de la camioneta... ¡Preciosa!

SOLDADO. *(Murmura por lo bajo).* ... Y el piso... Y el taller mecánico... ¡Habría sido una boda verdaderamente maravillosa...! ¡Y ahora, de todo eso, ya no queda nada! ¡Y yo estoy encerrado aquí! ¿Por qué...? ¿Por qué? *(A Magda).* ¡Explícamelo tú, tú, tú...! *(Se mueve, nervioso, de un lado a otro de la jaula).*

MAGDA. *(Asustada).* ¡Alto, alto, no te excites! Si sé que ibas a tomártelo así...

SOLDADO. ¡Magda! ¿Pero es que no me oyes? ¡Necesito una razón..., una sola razón, al menos...!

MAGDA. ¿Por qué no te montas en ese columpio?

SOLDADO. *(Desesperado).* ¡O, por lo menos, que me devuelvan mi libertad! ¡Quiero saber por qué me han encerrado! ¡Qué he hecho yo para que me tengan aquí!

MAGDA. *(Recelosa, medrosa, ante los nerviosos movimientos del mono,*

asido con fuerza a los barrotes de la jaula, que zarandea). ¡Para, para...! ¡Te veo capaz de romper los barrotes!

SOLDADO. Yo era un muchacho como los demás, ¿sabes, Magda? Un Patt igual que otro cualquiera, que iba por aquí y por allá, con la camisa abierta, riendo y dando bromas. Y de pronto vino la guerra y todo se acabó. No entiendo nada, ¡nada! ¿Por qué motivos luché? ¿Por qué sigo vivo? Por encima de todo, ¿por qué sigo vivo? ¡Yo debería estar muerto como todos los demás! ¡Como tú, pobre Magda! ¡Tú!... *(Con rabia).* ¡Esta podrida guerra...!

MAGDA. *(Espantada ya).* ¡Huy, huy, huy! Tranquilo, ¿eh?, tranquilo... Si te pones así será preferible que me vaya...

SOLDADO. ¡Tengo miedo, Magda! *(Con rabia).* ¡Estoy solo...! ¡Tengo miedo...!

MAGDA. Mira, Patt: me das mucha pena. No sé qué te pasa... Me das muchísima pena, pero mejor es que me vaya. Lo comprendes, ¿verdad? Porque ocurre..., no te enfades, ¿eh?... que me das también mucho miedo... Y además Patt..., el otro Patt..., me está esperando en algún otro sitio del parque... ¿Entiendes?

SOLDADO. ¡Hasta los recuerdos se me acaban y ya no puedo más! ¡No puedo más! ¡¡No puedo más...!! *(Acometido por un verdadero ataque de violencia, comienza a sacudir los barrotes con gran furia).*

(Coincidiendo con el ataque de furia del Soldado, todo el aire de sueño del entorno se va desvaneciendo y reapareciendo poco a poco, en su realidad desolada, el lugar que conocemos.)

MAGDA. *(Espantada, a gritos).* ¡Ay, que se escapa el mono! ¡Ay, que rompe los barrotes! ¡Se escapa! ¡Se escapa! ¡Auxilio! ¡Socorro!

SOLDADO. *(Cogiendo la fotografía con furia, la contempla desesperado).* ¡No te vayas...! ¡No me dejes solo...! ¡Magda! ¡Magda! ¡Magdaaaa...! *(La joven se ha ido retirando de la escena y el Soldado, con rabia incontenible, rompe el retrato en trozos).* ¡Esto se terminó! ¡Del todo! ¡Ni siquiera un recuerdo! ¡Lo mismo que si acabara de nacer!

MAGDA. *(Saliendo).* ¡El mono se ha escapado! ¡El mono se ha escapado! ¡Socorro! ¡Auxilio! *(Desaparece).*

(El Soldado hace como si rompiese la reja y la traspasase. Coincidiendo con ello, la reja desaparece. Va a refugiarse tras un talud, donde se sienta.)

SOLDADO. *(Con angustiada voz).* ¡Y ahora solo! ¡Completamente solo para siempre!

(La escena está ya como antes. El Cabo sigue haciendo centinela en lo alto del talud. De golpe, se da cuenta de que el Soldado ya no se encuentra dentro del supuesto campo de prisioneros. Desciende, comprueba la fuga y corre espiritado, gritando.)

CABO. ¡El prisionero! ¡El prisionero!

(El Sargento reaparece por el fondo.)

SARGENTO. ¿Qué dice usted del prisionero?

CABO. ¡Que lo ha conseguido! ¡Parece mentira, pero así es! ¡Se largó! ¡Se piró! ¡Se ha largado!

SARGENTO. ¡Imposible!

CABO. ¡Véalo usted mismo!

SARGENTO. Pero, ¿cómo ha podido ocurrir?

CABO. Yo tampoco lo entiendo. No le he quitado los ojos de encima en todo el tiempo.

SARGENTO. Pues, ¿sabe lo que le digo, cabo? ¡Qué esto puede costarle muy caro!

CABO. ¡Pero si no es mía la culpa! ¡No ha saltado las alambradas, ha roto la puerta!

SARGENTO. ¡Sea como sea, usted búsquelo, encuéntrelo y condúzcalo a mi presencia, si no quiere perder sus galones!

CABO. ¿Otra vez? ¿No podría dejar mis galones tranquilos?

SARGENTO. ¡No me venga con idioteces y busque!

CABO. *(Cuadrándose).* ¡Sí, camarada señor!

(El Cabo, con el alma en un hilo, empieza a buscar por todas partes, y aunque pasa por delante del Soldado,

ostensiblemente no lo ve. El Sargento se ha sentado en una piedra.)

SARGENTO. *(Después de una pausa).* ¿Nada?

CABO. Todavía no.

SARGENTO. ¡Siga!

(Sigue buscando, hasta que, por último, después de unas vueltas, se da por vencido y se acerca al Sargento.)

CABO. *(Cansado).* Es inútil.

SARGENTO. ¡No conozco esa palabra!

CABO. Pues, si me autoriza, yo puedo explicársela. Inútil significa..., eso, que es inútil, que no hay nada que hacer, que no doy con él, ¡que no lo encuentro!

SARGENTO. ¿Es que acaso se niega usted a cumplir mis órdenes?

CABO. ¡Oh, no, no, camarada, de ningún modo! Lo que sucede es que...

SARGENTO. ¿Yo qué le he dicho? Que busque, ¿no? ¡Pues, busque!

CABO. Pero si...

SARGENTO. *(Airado).* ¡Busque!

(El Cabo vuelve a buscar de un lado a otro, sin saber qué hacer, aturdido, desconcertado.)

CABO. ¡Ay, madre mía de mi vida! ¿Dónde se habrá metido ese cabrito? *(Le grita).* ¡Patt...! ¡Patt...! ¡Hazlo por mí! ¡Me aplastará como una cucaracha, si no apareces! ¡Me juzgará... me degradará... me fusilará...! Ya comprobaste lo bruto que es el tío. ¡Patt...!

SARGENTO. ¡Qué ineficacia! ¡Qué indisciplina! ¡Le trituraré si no me presenta al prisionero, se lo prometo! ¡Le desharé!

CABO. *(Como hablando con el Soldado, a quien sigue sin ver).* ¿Ves lo que te decía? Anda, déjate ver, ¿a ti qué más te da? ¡Patt! ¡Paaatt! ¡Paaaaaatt...!

SARGENTO. ¡Eso no es modo de cumplimentar un servicio! ¡Busque con más ganas!

(Se ha acercado el Sargento al Cabo, y ahora, aquél, amenazador y gritando como una fiera, quiere obligar al otro a cumplir la misión que le ha encomendado en la forma que él estima eficaz. A los gritos del Sargento el Cabo va encogiéndose hasta caer de rodillas en tierra. Un grito más, y, bajo el dedo dominador del Sargento, se pone a cuatro patas.)

¡Busca! ¡Busca! ¡Busca!

(El Cabo no es una persona, es un perro.)

CABO. *(Dócil y con la lengua fuera.)* ¡Guau! ¡Guau!

SARGENTO. *(Excitando al perro).* ¡Anda por él!

(El Cabo, a cuatro patas, husmea el aire y, de golpe, se dirige al Soldado, inmóvil y sentado en una piedra. Se le acerca, olfatea su ropa y gruñe amenazador.)

¿Está ahí? ¡Pues duro! ¡Muerde...! ¡Duro...!

(El Soldado se da cuenta de la presencia del perro y, con amargura y ternura, le rasca y acaricia la cabeza y la espalda. El Cabo-perro se restrega contra el pantalón del Soldado, mientras gime suavemente, tal como haría un perro al que acaban de apalear.)

SOLDADO. No, Volodia, tú no puedes hacer eso conmigo. Eres bueno. Son los demás los que le vuelven a uno así.

SARGENTO. *(Furioso al ver que el perro-Cabo no muerde).* ¡Perro cabrón...! ¡Muerde! ¡Muerde!

SOLDADO. En realidad, todo el mundo era bueno. Al menos un poquito. Cuando aún había mundo, claro.

CABO. *(Por el Sargento).* ¿Ese... también?

SOLDADO. Seguramente. Sólo que nunca se preocupó de averiguarlo. Si la gente, en vez de envenenar la sangre de otra gente, se hubiera entretenido un poco en pensar eso, quizá no hubiéramos llegado a esta situación, ¿no te parece? Ni tú hubieses venido a abalanzarte contra mí, enseñando los colmillos. ¿Qué opinas de todo esto, Volodita? ¡Si seríamos mierdas las personas! Sólo teníamos cada uno una vida, ¡y hasta no chafárnosla para siempre no hemos parado!

(El Sargento se acerca al perro-Cabo, quien, al verle, vuelve a adoptar una actitud de cobardía y a quejarse.)

SARGENTO. ¿Qué significa eso? ¡Ataca! ¡Muerde!

CABO. *(Lamiendo la mano del Sargento).* ¡Guau! ¡Guau!

SARGENTO. Con que nos has salido manso, ¿eh? ¡Yo te enseñaré!

(El Sargento propina al perro-Cabo brutales patadas y golpes, sin dejar de gritarle. El Cabo-perro se queja.)

CABO. *(Aullando dolorosamente).* ¡Auuuuuuuuuuuuuuuuu!

SARGENTO. ¡Muerde, hijo de puta! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

(La actitud del perro-Cabo cambia de súbito. De manso, pasa a fiera. Mira con odio al Sargento, mientras gira en torno suyo, gruñendo amenazadoramente. El Sargento le propina otra patada.)

¡Toma! ¡A ver si de una vez aprendes quién manda aquí!

(De pronto, el perro-Cabo, con un fuerte ladrido, se lanza al cuello del Sargento.)

CABO. ¡Guauuuuu!

SOLDADO. *(Intentando detenerlo).* ¡No, no, Volodia, nooooo!

(Pero el Cabo ha prendido ya con sus dientes el cuello del Sargento y, aunque éste intenta defenderse, cae al suelo con el perro encima. En medio de la confusión de gritos de «¡Volodia!», ladridos y estertores del Sargento, se hace el oscuro total

Cuando vuelve la luz al escenario, el Cabo y el Soldado están sentados en el talud y el Sargento tendido en tierra cerca de ellos. Hay en ambos un tenso y desorientado silencio, mientras contemplan el cadáver.)

SOLDADO. Míralo... ¿No te da pena?

CABO. ¡Que si me da...! ¡Con lo paliza que se había puesto con el asunto de la banda...!

SOLDADO. Entonces, si le hacía tanta ilusión una bobada así, no debía ser tan mamón como parecía.

CABO. Claro que no. En cambio, el perro...

SOLDADO. Bueno, pero los perros no son personas.

CABO. Afortunadamente.

(Una pausa.)

SOLDADO. Me pregunto en qué podríamos emplear el tiempo. ¡Tenemos tanto por delante...!

CABO. ¡Ya lo creo! ¡Hasta que se acabe la guerra...!

SOLDADO. ¿Y cuándo calculas que concluirá?

CABO. Un día u otro. En cuanto me liquides tú a mí.

SOLDADO. ¡O tú a mí, mira éste! *(Transición)*. Pero no correrá mucha prisa, ¿verdad?

CABO. Hombre, con tanto tiempo por delante...

(Otra pausa.)

SOLDADO. ¿Y si nos largásemos por ahí?

CABO. Pero, ¿qué dices? ¿A dónde?

SOLDADO. A cualquier parte. A dar una vuelta. Supongo que, para quitarnos uno a otro la vida, da igual el sitio, ¿no? Y entre tanto, vamos viendo mundo...

CABO. ¿Mundo? ¿Qué mundo? ¡Pero si no queda ni tanto así de mundo! *(Abarca la escena con un gesto)*. ¡Si todo está como esto! ¿Qué sacaríamos cambiando de lugar?

SOLDADO. *(Abatido)*. Tienes razón.

CABO. Aquí, al menos, cubro el puesto de centinela.

SOLDADO. ¿De... centinela?

CABO. Sí. *(Señalando el cadáver)*. Como antiguo subordinado del camarada Sargento..., quiero decir, Mariscal..., no, no, Mariscal General en Jefe, me corresponde turno de vela en la capilla ardiente.

SOLDADO. *(Con naturalidad)*. Comprendo.

CABO. Por cierto, ¿tú qué opinas? ¿Debería rezarle? *(Gesto del Soldado)*. ¿Le gustaría?

SOLDADO. Probablemente. A todos los muertos les gusta, así no se sien-

ten tan muertos. El problema, problema, lo constituímos nosotros.

CABO. ¿Por qué?

SOLDADO. Muy sencillo: porque, entre que si me eliminas tú a mí o yo a ti, vamos a aburrirnos de muerte.

(Otra pausa.)

CABO. Oye: ¿por qué no nos entretenemos recordando recuerdos? Es distraído.

SOLDADO. Es que yo ya no tengo recuerdos. No me queda ni uno solo. Ni uno: ¡hice añicos la fotografía! Además, no quiero saber nada más de mí mismo..., de mí mismo de antes, ¿comprendes?

CABO. ¡Ufff, qué embrollo! ¿Y por qué?

SOLDADO. Por nada. Es que prefiero estar vacío por dentro. Me siento mejor, me duele menos.

CABO. Ya. *(Una pausa).* Tenías novia, ¿no sabes? Y un garaje.

SOLDADO. ¿Sí? ¿Nada más?

CABO. Que yo sepa, no.

SOLDADO. ¿Qué cosas! ¿Y tú?

CABO. ¿De veras no te acuerdas? Cuidaba vacas. Hasta que se organizó el tinglado, no había salido de la isba.

SOLDADO. *(Tras un instante de meditación).* ¿Y no encuentras todo esto un poco raro? Que nos liásemos a tiros tú y yo, sin un motivo.

CABO. Hombre, sin motivo..., lo que se dice sin motivo... Tengo entendido que había una ideología por el medio. Eso decían, al menos.

SOLDADO. ¿Ideo... qué?

CABO. Logía... Ideo-logía.

SOLDADO. ¿Y eso qué es?

CABO. No estoy muy seguro. Algo que había y que te metían en la cabeza.

SOLDADO. Ya: palabrería, bla, bla, bla... Pues, ¿sabes lo que pienso?

Que la gente se ha dejado aniquilar por nada, que hemos luchado por nada, que hemos sufrido y llorado por nada... En una palabra: que el mundo se ha ido a la puñetera mierda inútilmente, sin beneficio para nadie.

CABO. No creas: había algunos que lo pasaban bomba a cuenta de toda esa mandanga... Mandaban, se forraban, mangoneaban y vivían como Dios.

SOLDADO. *(Haciendo un corte de manga).* ¿Sí? ¡Pues para ellos que también se les ha acabado el momio como a los demás! *(Por el cadáver).* Ahí tienes a tu camarada, por ejemplo.

CABO. *(Observándolo con gesto de curiosidad).* Mira, mira, ¡se está poniendo azul!

SOLDADO. Será por el reflejo de la banda... *(Volviendo a su idea anterior).* Es decir, que cuando nos matemos tú y yo, también será por nada. *(El cabo se encoge de hombros).* Y yo pregunto: ¿No podríamos...?

CABO. ¿Qué?

SOLDADO. Nada, nada.

CABO. Vamos, venga, ¡Suelta lo que sea!

SOLDADO. Era una tontería.

CABO. Es igual. Di.

SOLDADO. ¿En serio quieres que te lo diga? ¿Aunque sea una tontería *(El Cabo asiente).* Vas a reírte de mí...

CABO. No me reiré.

SOLDADO. ¿Lo juras?

CABO. ¡Lo juro!

SOLDADO. Pues se me ha ocurrido de pronto que... No, no, que te vas a carcajear.

CABO. ¡Que no, puñeta!

SOLDADO. *(En voz baja, como avergonzado de mostrar su idea).* ...Que podíamos firmar la paz tú y yo.

CABO. ¿Un tratado de paz? *(El Soldado asiente).* ¿Tú y yo? *(Lo mismo).* Lo siento, pero no hay nada que hacer.

SOLDADO. Ya te decía yo que era una estupidez.

CABO. Date cuenta, nosotros no estamos facultados...

SOLDADO. ¿No? *(El Cabo niega).* ¿Siendo, como somos, los dos únicos valientes combatientes supervivientes? *(El Cabo se disculpa con un gesto).* ¿El Camarada Sargento sí que habría podido? *(El Cabo asiente).* ¡Pues sí que nos ha jorobado el perro, entonces! *(Nostálgico).* ¡Con lo bonito que hubiera sido hacer los dos las paces!

CABO. *(Nostálgico).* ¡Y que lo digas!

SOLDADO. ¡Firmar el papel, llenarlo de estampillas y lacres, y darnos a continuación un abrazo! *(El Cabo, con un gesto de abatimiento, dice que sí).* ¿Así que entre nosotros no hay posibilidad de una reconciliación, de un acuerdo?

CABO. *(Abatido).* No.

SOLDADO. ¿Ni siquiera... un pequeño armisticio?

CABO. *(Como antes).* Ni siquiera.

SOLDADO. *(Con un último grito de protesta).* ¡Pero tú y yo somos amigos!

CABO. *(Impersonal).* Enemigos.

SOLDADO. Bueno, amigos enemigos.

CABO. ¡Enemigos amigos, que no es igual!

SOLDADO. *(Triste).* Sí. *(Pausa).* Pero llorar sí que podremos, ¿no? *(El Cabo no sabe qué decir).* Por la paz imposible, por la que nunca firmaremos tú y yo. Di, ¿podremos?

CABO. Claro.

SOLDADO. *(Tras una pausa).* ¿Lloro?

CABO. Llora.

SOLDADO. El caso es que no sé si me quedarán lágrimas... Es lo que ocurre con las guerras cuando se prolongan demasiado: todo se termina, incluso las lágrimas. Así y todo, voy a intentarlo.

CABO. ¿Te importaría que te acompañase?

SOLDADO. No, hombre, no. Encantado.

CABO. Entonces, hale: ¡empieza!

SOLDADO. No, no, amigo enemigo, tú primero. Tienes preferencia, eres cabo.

CABO. Como quieras, enemigo amigo. *(Deja caer la cabeza, esforzándose por llorar).* Por mi parte, ya estoy llorando.

SOLDADO. *(El mismo, juego).* Yo también.

CABO. Por la paz...

SOLDADO. Por la paz...

(La luz se va esfumando poco a poco sobre el paisaje de la desolación.)

TELON FINAL